

NI SE MUERE PADRE NI CENAMOS

Personajes:

LUISA (de unos cincuenta años)

MARTA (de la misma edad)

TONY (muy, muy gordo, treintañero)

RUBÉN (treintañero también, habla seseando)

YERKO (de unos veinte años, habla seseando)

VOZ DEL PADRE

VOZ DE MUJER (que sesea)

Escenario

Toda la obra transcurre en una sala de estar, con cocina americana. Hay una ventana y una puerta, que da a un pasillo, y que siempre está abierta, salvo que se indique lo contrario.

En la parte de la cocina, una nevera, una placa de guisar, un fregadero, una encimera, un cubo de basura y armarios.

En la parte de la sala, una mesa baja, un sofá, varias sillas, una televisión de espaldas al público, y un telefonillo desde el que se abre el portal. Del techo cuelga una lámpara y de una pared, una acuarela.

ACTO I

I

(En la mesa hay un móvil y dos tazas de café. En la encimera, un exprimidor y dos naranjas.

MARTA, de unos cincuenta años, vestida de calle y muy arreglada, está sentada en el sofá, y

LUISA, de la misma edad y con una bata de andar por casa, de espaldas a ella, friega unos vasos en la pila).

MARTA- A mí es que Noruega siempre me ha atraído mucho... A ver si mi hermano consigue que le den las vacaciones cuando las ha pedido, porque así podremos quedarnos tres días más allí...

LUISA-¡Qué bien! *(Con pesar)*. También Pedro y yo teníamos pensado irnos a Italia a principios de mes... Pero con esto de mi padre...

VOZ DEL PADRE- *(Desde el pasillo)*. ¡Luisa! ¡Luisaaaa!

LUISA- *(A MARTA)*. ¿Lo ves? ¡No me deja ni un minuto! *(A gritos)*. ¡Ya voy, papá!

MARTA- ¿Por qué no le dices al cuidador que vaya él?

LUISA- *(Vacilante)*. ¿Tú crees? *(Se asoma al pasillo. En voz alta)*. ¡Tony! ¡Tony! ¡Que mi padre quiere un zumo...! *(Escucha unos segundos)*. Ah, ¿sigues en el baño...? *(A MARTA, disculpándose)*. ¿Ves? Está ocupado...

MARTA- Pues cuando salga. Para eso le pagas, ¿no?

LUISA- ¡Pero no le voy a explotar hasta ese punto, mujer...! Quiero decir que... tendrá que hacer sus necesidades... Aunque la verdad es que yo también llevo un rato aguantándome las ganas de orinar... ¡Es que esta casa es muy pequeña! ¡Si hubiera otro cuarto de baño...!

MARTA- Y tu padre, ¿qué tal está el hombre?

LUISA- Mejor... Aún tiene cardenales del golpetazo que se pegó, y no puede andar solo, pero se va recuperando... *(Se sienta. En voz baja)*. La que no está nada bien, soy yo. ¡Es un palo tenerme que volver a vivir con él a estas alturas...! No consigo acostumbrarme... Además, hay que hacérselo todo al pobre y no doy abasto. ¡Figúrate que hasta echo de menos el trabajo...! He pedido dos meses de

permiso y se me están haciendo eternos, y eso que no han pasado aún ni dos semanas...

MARTA- Pero para eso tienes a este chico, ¿no? ¿Qué tal es?

LUISA- (*Sorprendida*). ¡Ah, es que todavía no le has visto...!

MARTA- Desde que yo he llegado no ha salido del baño... Hace ya diez minutos por lo menos...

LUISA- (*En voz baja*). ¡Calla, que te va a oír! Bien, aunque es un rollo convivir con un extraño...

MARTA- ¿De dónde es?

LUISA- Español, fíjate qué raro, porque me han dicho que los españoles no quieren este tipo de empleos... Y no me sale demasiado caro... Es más: iba a cobrarme igual que una asistenta, pero me pareció muy poco y le he subido dos euros más por hora...

MARTA- (*Asombrada*). ¡Luisa! ¡Eso no lo hace nadie! Si se va a tirar aquí todo el día, te va a salir por un pico... ¡Ni que a ti te sobrara el dinero! Pareces tonta, chica...

LUISA- (*Molesta*). Lo que soy es consecuente con mis ideas... Ya sabes que yo defiendo la igualdad, y su trabajo es mucho más pesado que el mío... Y a mí me pagan más, así que todavía estoy en deuda con él...

MARTA- (*Se echa a reír*). ¡Pues regálale un coche! Se lo compras a plazos o empeñas tú tu piso... (*Seria*). No se puede ser comunista en estos tiempos, Luisa. Y menos en este país...

LUISA- Bueno, pues yo lo soy, y a mucha honra..

VOZ DEL PADRE- (*Desde el pasillo*). ¡Luisa! (**LUISA** va a levantarse).

MARTA- (*La agarra de la mano y la retiene sentada*). ¡Deja que vaya el cuidador!

LUISA- (*Insegura*). ¿Tú crees? (*Se levanta. A gritos, hacia el pasillo*). Tony, cuando puedas, hazle el zumo a mi padre, por favor, que estoy con una amiga... (*Se sienta en el brazo del sofá, balanceándose*). La verdad es que, como no salga pronto del baño, me hago pis encima...

MARTA- Como no salga pronto, me voy sin conocerle... Mi dentista es a las once y ya son menos cuarto...

LUISA- Pero ¡si te pilla aquí al lado...! Y siempre se retrasan...

MARTA- (*Se levanta*). Aun contando con eso, ya no llego...

LUISA- ¡Espera un segundo! *(A voces)*. ¡Tonyyyy! ¿Todavía sigues en el servicio? *(Se levanta)*.

VOZ DE TONY- *(Desde el pasillo)*. ¡Ya voy, ya voy, ya va!

LUISA- *(Hacia el pasillo)*. Sí, claro, cuando puedas. *(A MARTA)*. ¡Qué pena que te vayas!

MARTA- Ya volveré la próxima vez que venga al dentista... Lo de mi boca va para largo... Oye, y Pedro... ¿cómo se está tomando todo esto? Porque ya no podréis veros como antes...

LUISA- No, claro... Sólo quedamos cuando yo consigo escaparme un rato, porque él no aparece por aquí...

MARTA- Desde luego, no es sitio para una cita romántica... Pero ¡qué mala pata! Justo cuando empezabais a vivir juntos...

LUISA- Una faena, sí... *(En voz baja)*. De todas formas, en cuanto vea que este hombre congenia con mi padre y que le cuida bien, se quedará también por las noches, y entonces podré volver a casa con Pedro... Por lo menos, a dormir... ¡No me queda más remedio, porque aquí sólo hay una cama! *(Da pequeños saltitos, primero sobre un pie y luego sobre el otro)*.

MARTA- *(Se ríe. En voz baja)*. ¡Capaz eres de dejársela al cuidador y acostarte tú en este sofá...! Igual que el baño...*(Sale)*.

LUISA- Tienes razón: ¡tarda muchísimo! *(Sale también)*.

VOZ DEL PADRE- *(Desde el pasillo)*. ¡Luisaaaa!

VOZ DE LUISA- *(Desde el pasillo)*. ¡Ya voy, papá! ¡Espérate un minuto!

VOZ DE MARTA- *(Desde el pasillo)*. Venga, ve a atenderle, que ya me sé el camino...

VOZ DE LUISA- ¿No te importa?

VOZ DEL PADRE- ¡Luisaaa! ¡Luisaaaaa!

VOZ DE LUISA- ¡Tony! ¿Aún sigues en el servicio?

VOZ DEL PADRE- ¡Luisaaaa!

VOZ DE LUISA- ¡Que ya voy, que ya voy...!

(Pausa).

(Suena el móvil que hay sobre la mesa).

(Entra TONY, que es muy gordo y bastante amanerado. Coge el móvil y lo mira).

TONY- *(Hacia la puerta, a voces).* ¡Luisaaa! ¡Que te llama un tal Pedro!

VOZ DE LUISA- ¡Pues déjalo que suene y vente para acá, que tenemos que mudar a mi padre urgentemente! El pobre llevaba un rato llamando y...

TONY- *(Hace un gesto de repugnancia. En voz baja).* ¡Qué asco!

(El móvil enmudece).

VOZ DE LUISA- *(A gritos).* ¡Tony! ¿Me oyes? ¡Ven a ayudarme, que no puedo con él...!

(TONY mira desesperado a un lado y a otro, como buscando una escapada. Suena el móvil. Se abalanza sobre él, descuelga y se lo pone al oído).

VOZ DE LUISA- Tony, ¿me haces el favor de...? *(Su voz se ahoga bajo la de TONY).*

TONY- *(Al móvil).* ¿Diga? Yo soy Tony, el cuidador de su padre. Ella ahora no puede ponerse. Está con él. ¿Quién es? *(Coqueteando).* ¡Ah, Pedro! ¡Encantado! ¿Qué eres, un pariente suyo? *(Pausa).* No, chico, si yo era por decírselo, pero si ella te identifica por el nombre... ¿Le doy algún recado de tu parte? Muy bien, pues ahora se lo comento... Oye, perdona, pero ¿tú no serás canario?... ¿Ah, no?... Me había parecido, fijate... Lo digo por el acento, porque tengo un amigo canario que habla como tú... ¡Y eso que hace más de diez años que no vive en las islas...! Pero no lo ha perdido... Por cierto, que ahora no me acuerdo de si es de Tenerife o de Las Palmas... *(Se ríe).* Y no me atrevo a preguntárselo, porque ya sabes cómo se pica el personal con estas cosas... *(Escucha unos segundos).* ¡Ah, Luisa, sí! Hablando contigo, me había olvidado hasta de que estoy trabajando... Es que, aunque no seas canario, tienes un acento muy dulce... *(Arrobado).* Y una voz muy bonita... Muy profunda, y a la vez... No sé cómo decirte... Tierna... *(Volviendo en sí).* ¡Claro, claro! Ahora le digo que la has llamado, Pedro, encanto...

(*Entra LUISA*).

TONY- (*Apresurado*). Adiós, adiós... (*Cuelga y deja el móvil en la mesa*).

LUISA- (*Mosqueada*). ¿Has contestado tú al teléfono?

TONY- ¿No me has dicho que conteste?

LUISA- Lo que te decía es que me ayudarás a cambiar a mi padre, que ha tenido un accidente, y, yo sola, me las he visto y deseado para limpiarle...

TONY- (*Fingiendo preocupación*). ¡Vaya! Pero ¿ya le has limpiado?

LUISA- (*Cruza la pierna derecha sobre la izquierda con disimulo, conteniendo las ganas de orinar*).

A medias. Ahora habrá que ducharle... Y también quiere un zumo...

TONY- ¿Y el zumo, dónde está?

LUISA- (*Señala a la encimera*). Ahí he dejado las naranjas...

TONY- (*Soliviantado*). ¿No se lo tendré que hacer yo? Porque tú me dijiste que sólo me encargara de cuidarle, que de las comidas te ocupabas tú...

LUISA- (*Turbada*). Es que esto no es una comida...

TONY- (*Sonriendo*). ¿Cómo que no? Anda, ve haciéndoselo y luego se lo llevo, pero antes voy a saludarle. Lo primero es lo primero. (*Sale*).

VOZ DE TONY- (*Desde el pasillo*). ¡A ver qué tal ha amanecido hoy mi niño...!

LUISA- (*Sorprendida*). ¡Mi niño! ¡Le llama mi niño! La verdad es que es muy cariñoso con papá...

Y el zumo es cosa mía... Aunque ahora voy a... (*Sale disparada*).

(*Se oye una puerta que se cierra. Al momento, suenan unos golpes en la madera*).

VOZ DE TONY- ¡Pero Luisa! ¿Te has metido en el baño? ¿Cómo quieres que duche a tu padre?

VOZ DE LUISA- (*Ahogada tras la puerta*). ¡Un segundo! ¡Ya salgo!

VOZ DE TONY- ¡Date prisa!

(Entra **TONY**).

TONY- (*Bostezando. Para sí*). ¡Esto de tanta ducha se tiene que acabar! ¡Menuda trabajera...!

(**LUISA** *se asoma*).

LUISA- ¡Ya he termi...! (*Se interrumpe, sorprendida*). ¿Y mi padre? (*Entra. Molesta*). Como tenías tanta prisa, creí que estaba esperando él contigo a que saliera...

TONY- No te pongas nerviosa. Antes quería asegurarme de que habías dejado libre el baño. ¡Te pasas ahí la vida...!

LUISA- ¿Yo?

TONY- (*Irónico*). ¡No, yo, si te parece! ¡Lo que sois las mujeres con el servicio...! (*La mira*). ¡Y luego, para nada! Pensé que te estabas peinando...

LUISA- (*Se toca el pelo, preocupada*). ¿Peinándome? No. He entrado a... (*Se interrumpe. Con dignidad*). Ya puedes ducharle.

TONY- Si te empeñas, le ducho, pero te advierto que no le conviene. Con el frío que hace aquí, se va a poner malo. Mejor sería limpiarle con unas toallitas de esas húmedas...

LUISA- ¡Si está encendida la calefacción! Además, hay que lavarle todo el cuerpo...

TONY- ¡Pero s apenas se mueve! Con una ducha a la semana, va que chuta. Los días de diario basta con lavarle por partes... Entre tú y yo, no tardamos nada. Y, cuando tenga un accidente, como tú lo llamas, yo te lo muevo de un lado para otro en la cama, y tú le vas limpiando lo más gordo...

LUISA- Creía que de asearle te ocuparías tú, porque si no...

TONY- (*Desafiante*). Si no ¿qué?

LUISA- (*Tímidamente*). Que no sé para qué...

TONY- (*Con soberbia*). Si no estás contenta conmigo, me voy y...

LUISA- (*Asustada*). ¡No, no! ¡Claro que estoy contenta! Lo que quiero decir es que... Que tú puedes asearle solo...

TONY- No me tienes que explicar mi trabajo. (*Va hacia la puerta*). Y no te alteres, que lo haré yo

todo. Lo que no te garantizo es que quede bien desinfectado. Y, si se escuece, va a ser peor, eso ya te lo advierto... (*Sale, enfadado*).

LUISA- (*Preocupada*). ¡A ver cómo me las arreglo, si se va, con lo que me ha costado encontrarle...! (*Coge las dos naranjas, las parte y empieza a exprimirlas. Pensativa*). Aparte de que tiene razón... Pagarle para que me ayude, no significa cargárselo a él todo. Eso es explotación... (*Hacia el pasillo, a gritos*). ¡Tony, espera a que haga el zumo y ahora le lavamos entre los dos...! (*Sigue exprimiendo*).

II

(*Sobre la mesa baja hay un periódico.*)

TONY *pica de una bolsa de almendras*).

(*Entra LUISA, vestida con descuido y despeinada*).

LUISA- Acabo de cortarle las uñas... Hoy, que no llueve, podríais dar un paseíto...

TONY- (*Con la boca llena, le tiende la bolsa*). ¿Quieres? (**LUISA niega con la cabeza**). Haces bien en cuidarte. Los frutos secos engordan muchísimo. Y ahora, a tu edad, el cuerpo cambia...

LUISA- (*Molesta*). Yo jamás he tenido problemas con el peso...

TONY- (*Se incorpora a medias*). No quería ofenderte, mujer. (*Confidencial*). Perdona que sea tan sincero, Luisa, pero estás a la que salta. Lo de tu padre es demasiado para ti...

LUISA- Tienes razón. Disculpa. Es que se me juntan muchas cosas...

TONY- Para eso estoy yo, para ayudarte. Tú no te alteres. ¿No ves que, si te pones nerviosa, me impides cumplir bien mi cometido? Y, de rebote, le perjudicas a él.

LUISA- (*Preocupada*). ¿Tú crees? Bueno, voy a prepararle el puré... (*Va a la cocina y saca dos berenjenas de la nevera*).

TONY- (*Se relaja aún más en el sofá, y mira el móvil*). Oye, ya que estás de pie, ¿te importaría

acercarme un vaso de agua? Tengo la espalda rota del esfuerzo de sacar a tu padre de la cama...

LUISA- Sí, claro. *(Saca un vaso del armario, lo llena en el grifo y se lo tiende a TONY)*.

TONY- Gracias. *(Bebe un sorbo y deja el vaso en la mesa)*. Aunque lo que me convendría es un zumo como esos que le haces a él...

LUISA- *(Se pone a pelar las berenjenas, de espaldas)*. Es que no quedan más que dos naranjas... ¿Por qué no vas un momento a comprar? Y, de paso, te traes...

TONY- ¡Huy, sí! *(Se toca los riñones, dolorido)*. ¡Para moverme estoy yo ahora! *(Se incorpora con esfuerzo a coger el periódico de la mesa, se derrumba de nuevo en el sofá, y lo hojea)*. Voy a buscar alguna noticia que pueda interesarle a tu padre... *(Defraudado)*. ¡Pero este periódico es de ayer!

LUISA- Venía tan cargada del mercado que no me he acercado al quiosco...

TONY- Pues que no se te olvide cuando bajes a comprar las naranjas...

LUISA- Es que yo acabo de subir... No pensaba bajar otra vez...

TONY- ¿Ah, no? ¿Y entonces...? *(LUISA se vuelve y le clava la mirada)*. Bueno, bueno, no te alteres. Me quedaré sin zumo. ¡Tranquilidad ante todo! ¿Sabes lo que te pasa a ti?

LUISA- *(Desafiante)*. ¿Qué?

TONY- Que no te gusta lo que haces.

LUISA- Si te refieres a pelar berenjenas, desde luego que no... *(Se vuelve a seguir pelándolas)*.

TONY- Sin embargo, a mí mi trabajo me apasiona... Por eso se me da tan bien, modestia aparte. Fíjate el poco tiempo que llevo con tu padre y ya me cuenta cosas que nunca te ha contado a ti...

LUISA- *(Irritada)*. Y tú, ¿cómo sabes lo que me cuenta a mí mi padre?

TONY- Me lo imagino. Por el tema...

LUISA- *(Se vuelve a medias)*. Pero ¿de qué te habla? ¿De mujeres? Porque si no, no me lo explico...

TONY- *(Se echa a reír, muy amanerado)*. ¡De las mujeres ni se acuerda...! Ahora es... mi niño...

LUISA- Es un anciano, y está en sus cabales. ¿Le gusta a él que le trates como a un crío?

TONY- A mí me lo consiente todo. Me quiere mucho... Casi te diría que más que a ti, fíjate...

(LUISA se vuelve a mirarle, soliviantada). No te extrañes. Tú nunca tienes tiempo para él...

LUISA- ¡Todo mi tiempo es para él! Ahora mismo, ¿para quién he ido a la compra? ¿A quién le estoy haciendo la comida?

TONY- Sí, pero eso lo sabemos tú y yo. Lo que tu padre ve es que siempre vas de un lado para otro ajetreada y de mal humor... Que nunca te interesas por sus problemas.

VOZ DEL PADRE- *(Desde el pasillo)*. ¡Tooony!

TONY- *(Triunfante)*. ¿Ves? Ahora mismo me llama a mí, en vez de a ti...

LUISA- *(Gritando hacia el pasillo)*. ¡Ya voy yo, papá...! (A **TONY**). Lo que le ocurre es que le deprime verse aquí encerrado. Él, antes, se pasaba el día en la calle... Se animaría si saliera...

TONY- ¡Qué poco le conoces! Precisamente lo que le deprime es salir a la calle con el andador y que la gente le mire con pena.

LUISA- Ya, pero le conviene andar... El médico ha dicho que tiene que ejercitar las piernas... Para eso te llamé a ti principalmente: para que le llevaras a pasear, que es lo que yo no puedo hacer...

TONY- *(Ofendido)*. Ah, ¿sólo para eso? Creí que necesitabas un cuidador integral. Alguien que, además de ocuparse de él, le apoye y le dé confianza, como yo... Y, encima, tienes la suerte de que soy español, y entre él y yo nos entendemos mucho mejor de lo que se entendería con un sudaca...

LUISA- No les llames sudacas... Y le han mandado que dé un paseo a diario...

TONY- ¿De verdad quieres que salga el pobre con este frío? Que no es que a mí me importe sacarle; es mi cometido, pero...

LUISA- Tiene que salir.

TONY- *(Con soberbia)*. Lo que tú quieras. ¡Tú eres la jefa! *(Se levanta con gran esfuerzo y sale)*.

LUISA- *(Para sí, preocupada)*. Se ha debido de enfadar... *(Se limpia las manos, coge el móvil y marca)*. ¿Pedro? Hola, mi amor. *(Pausa)*. No pasa nada. Que te echo de menos... Sí, pero como tengo que estar aquí a las diez, que es cuando se marcha Tony, no me va a dar tiempo de cenar... *(En voz baja)*. Se lo pediría, pero es que he discutido con él... A ver si vienes un día y le conoces... Es mucho

más fácil que te acerques tú por aquí que no que salga yo... (*Pausa*). Bien, aunque es un poco especial... Muy gordo y muy lento, y... ¡si vieras cómo traga...! Ayer se zampó todos los filetes que había hecho para dos días... Yo, ni los probé, porque siempre como después que él, y no me había dejado más que la guarnición... (*Se ríe*). Desde que está aquí, me alimento de sus sobras... (*Pausa*). Tienes razón: pero, si me siento a la mesa con él y reparto yo los platos, ¿quién los recoge al terminar? Se supone que sólo viene para atender a papá, y no para fregar los cacharros, y, si comemos juntos, no tiene por qué limpiar los míos... Ni yo los suyos, claro... Así que prefiero evitar esa situación... (*Pausa*). ¡Ah, lo de Italia...! (*Disculpándose*). Es que, verás: todavía no me atrevo a dejarle solo tantos días con este hombre... (*Razonando*). Ya lo sé, Pedro, pero de momento no me puedo ir, por muy planeado que tuviéramos el viaje... ¿Cómo iba a adivinar yo que mi padre se iba a caer y que me iba a cambiar tanto la vida? No te enfades, cielo, que más lo siento yo, pero tendremos que aplazarlo... (*Pausa*). Pues no sé... ¿Qué te parece un poco antes de Semana Santa, que es cuando se me acaba a mí el permiso...? (*Pausa*). ¡Ah, tú no puedes...! ¡Vaya...!

III

(*Despanzurrado en el sofá, TONY ve la televisión, con los pies en la mesa. Se oye un portazo, y los baja al suelo, sin cambiar, por lo demás, de postura.*

Entra LUISA cargada con una bolsa de la compra a rebosar. Va hacia la cocina, sin ver a TONY).

LUISA- ¡Dichosa televisión, siempre encendida! (*Suelta la bolsa en la encimera y se frota la mano, dolorida. Fingiéndole alegría, grita hacia el pasillo*). ¡Ya estoy aquí, papá! ¡Tony, ya estoy aquí...!

TONY- (*Susurrando*). Y yo también. No hace falta que grites.

(**LUISA** pega un respingo, asustada).

TONY- (*Se ríe, sin moverse*). ¡Menudo susto te has llevado! ¡Tienes los nervios de punta!

LUISA- (*Molesta*). Susto, ninguno. Sólo que no esperaba encontrarte ahí sentado. Y, por cierto, no te tires de golpe en el sofá, que has reventado un almohadón y he tenido que coserlo...

TONY- ¿Ya estás de mal humor?

LUISA- Ya ves. ¿Qué hace mi padre?

TONY- Le he acostado.

LUISA- (*Escandalizada*). ¿A esta hora? ¡Si no es más que la una y media! ¡Y no ha comido!

TONY- Sí que ha comido. Le he calentado el puré que quedó de ayer, y se lo ha tomado todo. (**LUISA pone cara de asombro**). Ya te digo que conmigo se porta genial...

LUISA- De todas formas, no debe estar tanto tiempo en la cama. ¡Vaya hora de echarse la siesta!

TONY- ¡Oye, oye, tranquila! (*Medio incorporándose*). Tenía sueño el hombre, y...

LUISA- (*Con intención*). Y tú le has acostado y te has venido aquí a ver la televisión...

TONY- ¿Qué querías que hiciera? Tú me dijiste que mi único cometido era cuidar de él y yo me atengo a eso. Y como se ha dormido... (*Se desploma de nuevo en el sofá*).

LUISA- ¡Qué oportuno! (*Saca unos paquetes de la bolsa y abre la nevera*). ¡Qué porquería de nevera! ¡Si la limpié antes de ayer...! No entiendo cómo se ensucia tanto últimamente... Hay manchas de puré, de huevo, de tomate... Ni hecho aposta, vamos... (*Deja los paquetes en la encimera*).

TONY- (*Se incorpora. Desafiante*). ¿No me estarás diciendo que la he manchado yo a propósito...?

LUISA- A propósito, no, pero... (*Coge una bayeta y la enjuaga bajo el grifo*).

VOZ DEL PADRE- (*Desde el pasillo*). ¡Tooony!

TONY- ¡Ah, por eso! Si se me cae algo alguna vez es porque voy con prisa por volver con tu padre... (*Se vuelve a repantigar en el sofá*).

LUISA- (*Se pone a limpiar la nevera*). Pues procura no dejar los platos de golpe, porque salpican... Además, es mejor que los tapemos con un plástico para que no se llenen de bacterias... Hay que tener mucho cuidado con las infecciones. Fíjate en lo que está pasando ahora en China...

TONY- Eso es porque un chino se ha comido un murciélago y le habrá dado una diarrea contagiosa... (*Burlón*). No te preocupes, que no va a llegar aquí...

LUISA- (*Con aire de suficiencia*). ¡Hombre, eso ya lo sé! Pero de todos modos... (*Saca una cacerola de la nevera y la arroja al fregadero, irritada*). ¿Cómo es que dejas la cacerola del puré vacía en la

nevera?

TONY- Donde me la he encontrado. Tú me dijiste que no cambiara las cosas de sitio...

LUISA- Sí, pero, si ya no queda comida, no hay que volver a guardarla en la nevera...! ¡Es de cajón!

TONY- (*Razonable*). No te entiendo, Luisa. Cada vez me mandas una cosa distinta. Me hago un lío...

LUISA- Te habría costado lo mismo dejarla en la pila y echarle agua, para que se fuera remojando. El puré se ha quedado pegado y ahora me va a costar Dios y ayuda fregarla.

VOZ DEL PADRE- (*Desde el pasillo*). ¡Tooony!

LUISA- (*Limpiando la nevera*). Te está llamando...

TONY- No te impacientes, que ya le he oído. Relájate. (*Se incorpora, sin llegar a levantarse*). ¿De qué hablábamos...? ¡Ah sí, de la enfermedad ésa de los chinos...! Por eso no hay que ir a sus restaurantes...

VOZ DEL PADRE- (*Desde el pasillo*). ¡Tony! ¡Tooony!

TONY- (*Se remueve en el sofá, aunque sigue sentado*). ...Porque te pueden servir cualquier cosa...

LUISA- (*Señalando al pasillo*). ¿No le oyes?

TONY- Eres tú quien no me está escuchando a mí. (*Quejumbroso*). Nunca te interesan mis opiniones. Ni mis sentimientos. Para ti yo no soy una persona, sino una máquina de trabajar...

LUISA- (*Deja de limpiar y le mira*). ¡No digas eso! Y claro que te escucho, pero mi padre...

TONY- No pasa nada porque espere un minuto. Tiene que acostumbrarse a ser más paciente. ¡Todo lo queréis al momento! Se le nota que él también se ha pasado la vida dando órdenes...

LUISA- (*Va a contestarle, pero se calla y tira la bayeta al fregadero, de mal humor*). Bueno, pues ya que tú no vas, voy yo... (*Sale*).

TONY -(*Se desparrama en el sofá, pone los pies en la mesa y sonrío, satisfecho. Saca el móvil y marca. En un susurro*). Hola, niño. ¿Qué te dije? ¡Voy a ganar la apuesta! Ya lo verás. Llevo desde la una sin levantarme del sofá... ¡Y eso que ésta es la hora de más jaleo! Hasta las tres dijimos, ¿no?

VOZ DE LUISA- (*Desde el pasillo*). ¡Tony!

TONY- (*Baja los pies de la mesa. Al móvil, susurrando*). ¡Ya se ha acabado la tranquilidad...!

(*Entra LUISA, como un torbellino*).

LUISA- ¡Tony...!

TONY- (*Cortante*). No me interrumpas, por favor, que tengo una llamada importante... Ahora mismo estoy contigo... (*Al móvil*). Acaba, niño, que tengo que cortar... (*Se ríe*). Ve preparando los cincuenta euros.... (**LUISA suelta un bufido**). Oye, mejor seguimos luego, que por aquí hay tormenta... Venga, chao. (*Cuelga*).

LUISA- (*Conteniendo la cólera*). Tony, se ha volcado la maceta grande del rincón y se ha llenado el suelo de tierra. Hay huellas tuyas por todo el pasillo. ¿No lo has visto?

TONY- (*Con cara de inocencia*). ¿Yo? No. Ya te advertí que ése no era buen sitio. Cualquiera puede pegarle una patada sin querer...

LUISA- (*Murmurando*). Sin querer... o queriendo... (*Desesperada*). ¡Todo está hecho un desastre y yo no doy abasto! ¿Puedes hacerme el favor de recoger la tierra para que no sigamos esparciéndola?

TONY- (*Con dignidad*). Lo haría, pero ése no es mi cometido. Y cálmate, que te pones muy nerviosa.

LUISA- (*Fuera de sí*). ¡De nerviosa, nada! ¡Estoy muy tranquila! (*Respira hondo*). Por cierto: ¿dónde has dejado las pastillas de mi padre que había en el pastillero?

TONY- (*Incorporándose, aunque sin levantarse*). Se las he dado ya...

LUISA- (*Exaltada*). ¿Se las has dado? ¡Pero si no le tocaban hasta las cuatro...! ¡Se las has dado para poder acostarle y quitártelo de encima!

TONY- ¡Oye, oye! ¡A mí no me trates así! Yo te he visto a ti dándoselas a mediodía... Lo que pasa es que no estás a lo que estás.

LUISA- A mediodía, no. Siempre media hora después de la comida, y suele comer a las tres... (*Preocupada*). ¡Le puede pasar algo! ¡Se le han juntado con la de la una, que le di yo antes de irme a la compra, y son incompatibles! (*Se echa las manos a la cabeza*). ¡Ay, Dios mío! (*Sale disparada*).

TONY- *(Saca el móvil y teclea en él).* ¿Niño? *(Se ríe).* Sí, anda por ahí... La cosa se está poniendo muy difícil... ¡Pero yo sigo aguantando aquí sentado...!

VOZ DE LUISA- *(Desde el pasillo).* ¡Tony! ¿Puedes venir?

TONY- *(Baja los pies. En un susurro, al móvil, contrariado).* ¡Vaya! Me parece que acabo de perder la apuesta... Me está llamando... Aunque espera, a ver... *(En voz alta, sin levantarse, hacia el pasillo).* ¿Qué pasa ahora, Luisa? ¿Tengo que ir? Es que acaba de darme un calambre en una pierna... *(Al móvil, en voz baja, sonriente).* Yo creo que te gano, niño, porque el calambre va a durarme hasta las tres. Ya te contaré. Chao. *(En voz alta, quejumbrosa).* ¡Luisa! ¡No me puedo mover!

IV

(LUISA limpia la encimera, apresurada).

Entra TONY, calmoso, como siempre, con una mochila).

TONY- Disculpa, que llego un poco tarde. Es que el metro...

LUISA- Un poco, no: una hora. Hay que mudar a mi padre. ¿Puedes bajarme una bolsa de pañales del altillo? Ya tienes ahí la escalera, porque iba a cogerlos yo, pero se me ha salido la leche y...

TONY- ¡Vaya, hombre! ¡Los dichosos pañales...! *(Tira la mochila al suelo, y sale).*

(LUISA acaba de limpiar la encimera, y sale también).

VOZ DE LUISA- *(Desde el pasillo).* ¡No te subas a esa silla, que es de adorno...! ¡Es una silla isabelina, de tiempos de mi bisabuela! ¡Y menos con las botas! ¿No ves que está tapizada de seda blanca...? *(Se oye un fuerte golpe con un tremendo estruendo de cristales. Asustada).* ¡Ay, ay! ¡Tony!

(Entra LUISA con TONY apoyándose con una mano en su hombro y con otra en la pared. Los dos avanzan trabajosamente hacia el sofá, mientras hablan).

LUISA- Pero ¿cómo se te ocurre agarrarte a la lámpara? ¡Nos podía haber matado a los dos! Es un milagro que no estemos llenos de heridas, porque los cristalitos han saltado como metralla... Y tampoco me explico por qué, si tenías allí la escalera, te has subido a esa silla, que es tan frágil... ¿Cómo se te ha pasado por la imaginación que iba a aguantar tu peso?

TONY- (*Ofendido*). ¿Me estás llamando gordo?

(*Ambos llegan al sofá y TONY se desploma en él*).

LUISA- (*Ignorándole*). ¡Qué pena! Y no habrá forma de arreglar las patas... Se han hecho astillas...

TONY- Eso pasa por tener muebles viejos... ¡Casi me mato!

LUISA- No son viejos: son antiguos y de muchísimo valor. Lo mismo que la lámpara...

TONY- Otra antigualla, si me permites que lo diga...

LUISA- Pues ¡a ver cómo se lo explicas a mi padre, que era un regalo de cuando se casaron...!

TONY- Por eso no te apures, que yo le quito el disgusto en un pis pas... Voy a tumbarme, que me duele todo el cuerpo... (*Se tumba en el sofá*). Esto ha sido un accidente laboral. Podía haberme matado. Tú misma lo has dicho... Si voy al médico, me dará unos días de baja...

LUISA- (*Alarmada*). Pero... ¿vas a ir al médico? ¡Si no ha sido más que un salto mal dado! (*Sale*).

(**TONY** *dobra ligeramente las rodillas y apoya las plantas de los pies, con las botas, en el brazo del sofá*).

TONY- ¿Qué se me habrá pegado a la suela? Algún cristal... (*Pisotea el sofá para quitárselo*).

(*Entra LUISA con un frasco en la mano*).

LUISA- (*Tendiéndoselo a TONY*). Toma, date unas friegas con alcohol, a ver si se te pasa... (*Repara en los pies de TONY. Indignada*). ¡Pero no pises los muebles con las botas! ¡Te lo acabo de decir! (*Observa el brazo del sofá*). ¿Ves? Se han quedado las marcas a rombos de tus suelas... (*Para sí, pensativa*). Las mismas marcas de las sábanas... (*Mira a TONY, recelosa*). Oye, ¿tú no te acostarás con las botas puestas en la cama de mi padre?

TONY- (*Incorporándose, muy ofendido*). ¿Yo?

LUISA- Esas mismas marcas están en todas las sábanas bajas. Creí que eran un defecto de fábrica. ¡Como las compré juntas y a precio de saldo...! Pero ahora veo que no, que es el dibujo de tus suelas...

TONY- ¡Vaya, hombre, el dibujo de mis suelas...!

LUISA- (*Le mira fijamente*). ¿Cómo se te ha ocurrido acostarte con mi padre? ¡Y encima, calzado!

TONY- Por favor, no empieces a perder el control, que todo tiene una explicación. Si me acuesto sin zapatos y a él le da por levantarse de repente, entre que me los pongo y no, puede caerse... ¿Lo entiendes ya?

LUISA- No. Y tampoco entiendo por qué te acuestas con él.

TONY- ¿De verdad? Pues es bien sencillo. (*Con dignidad*). Porque tengo que darle masaje y se lo doy mejor metiéndome con él en la cama... ¿Qué quieres, que le destape y le deje desnudo, con el frío que hace en esta casa?

LUISA- Pero... ¿por qué hay que desnudarlo?

TONY- (*Con soberbia*). Para untarle la crema hidratante. ¿Contenta?

LUISA- Nunca había oído una cosa así, que el que da el masaje se meta en la cama con el masajeado...

TONY- Tú déjame que cumpla mi cometido y no interfieras... Aparte de que, si me tumbo a su lado, luego nos levantamos los dos juntos, como un juego... Si no, no habría quien le sacara de la cama...

LUISA- ¡Pero si apenas se levanta! Desde que estás tú aquí se pasa el día acostado...

TONY- ¡Como que al hombre le duele todo el cuerpo! Igual que a mí en este momento... (*Desafiante*). ¿Sabes lo que te digo? Que yo me voy al médico a pedirle la baja, y el que venga detrás, que arree...

LUISA- ¡No, Tony! ¡No te vayas!

V

LUISA- (*Entra con el móvil en la mano. Cierra la puerta y teclea. En voz baja*). ¿Pedro? Hola,

cielo... *(Pausa)*. No, no te llamo por lo de Italia... ¡Más quisiera...! Es que... *(A punto de llorar)*. ¡Ya no puedo más! Necesito desahogarme... No: no me he vuelto a pelear con Tony... Es peor... Ya sabes que hace dos o tres días se cayó de una silla y se hizo daño en la espalda... Según él, de tanto como le duele el golpe, no puede estar yendo y viniendo a diario de su casa a la mía, así que, con tal de que no se marchara y me dejara colgada con mi padre, le dije que se quedara a dormir aquí... Conque he tenido que cederle mi cama y yo duermo en este sofá, que es un potro... No te lo había contado hasta ahora porque me ibas a reñir y ¡bastante tengo ya encima...! *(Pausa)*. No, tampoco se lo he dicho a Marta por lo mismo... Pero ¿qué importa Marta? La cuestión es que están siendo unos días terribles porque desde entonces se pasa el tiempo tumbado aquí, en el cuarto de estar, viendo la televisión... Así que el trabajo se me ha multiplicado por dos: tengo que atenderles a mi padre y a él, hacerles la comida y limpiar lo que ensucian... Y, encima, viene a visitarle un amigo suyo y, como viene corriendo, porque es de éstos que corren, al llegar, se tiene que duchar, y yo ¡otra vez a recoger agua y pelos del baño...! Y a sacarle un refresco y algo de picar, porque se lo saqué la primera vez, y ahora ya es como si me lo exigiera... *(Se interrumpe. En voz más baja aún, alarmada)*. ¡Calla! *(Acerca el oído a la puerta y escucha. Con alivio)*. Nada: es que me parecía que Tony andaba por ahí, escuchando... Aún sigue acostado, y por eso aprovecho para llamarte ahora: si no, luego no puedo hablar... *(Lloriqueando)*. ¡Ni yo misma me explico cómo he llegado a esta situación...! Pero ¿qué voy a hacer? Ha sido un accidente laboral y, mientras siga enfermo, no puedo echarle y buscar a otra persona... ¡Así que no me queda más remedio que apechugar con su enfermedad y con su amigo y con mi padre y con todo...! ¡Y no me tengo en pie de cansancio...! Por eso no te he visto estos días, por eso... *(Pausa)*. ¡Pedro! ¡Pedro! ¿Estás ahí? ¿Me oyes tú a mí? ¿Se ha cortado? *(Tecllea en el móvil y se lo pone a la oreja. Para sí, desolada)*. ¡Así que no está disponible! *(Pensativa)*. ¿Me habrá colgado...?

ACTO II

I

(Entra el sol a raudales por la ventana).

VOZ DE LUISA- Pase, Rubén. Pase por aquí.

(Entra RUBÉN, vestido de punta en blanco, y lanza una ojeada alrededor con aire crítico).

LUISA- *(Entra tras él).* Siéntese. ¿Qué le ha parecido mi padre?

RUBÉN- *(Se sienta en una silla. Seseando).* Bien, aunque... Está como enfadado...

LUISA- Es que tenía un cuidador que se ha marchado y le echa de menos.

RUBÉN- (*Enigmático*). ¡Ah, ya! Mientras sólo sea eso...

LUISA- ¿Qué quiere usted decir?

RUBÉN- Que me parece que ese cuidador no se ha ido del todo...

LUISA- No le entiendo, Rubén...

RUBÉN- Cosas mías, señora... (*Lanza una ojeada alrededor con resquemor*). Todavía se nota su presencia en la casa...

LUISA- (*Estremeciéndose*). ¡No diga eso, que se me ponen los pelos de punta...! No me gusta hablar mal de nadie, pero... No quiero verle más... (*Le señala el sofá*). Siéntese...

RUBÉN- (*Mira el sofá, pega un respingo y se sienta en una silla*). Prefiero aquí, señora.

LUISA- Aunque, eso sí, mi padre le adoraba... Le va a costar un poco de trabajo hacerse a usted... (*Se sienta en el sofá*). A ti, porque puedo tutearte, ¿verdad?

RUBÉN- (*Le clava la mirada*). Como guste, señora.

LUISA- Y tú tutéame también a mí...

RUBÉN- No, señora. No me acostumbraría.

LUISA- ¡Vaya...! Pues a mí no me sale el usted con una persona tan joven... Tú eres de Venezuela, ¿no? (**RUBÉN asiente**). ¡Entonces vamos a entendernos! ¿Por qué te viniste, si no es indiscreción?

RUBÉN- Porque las cosas estaban muy mal en mi país... Y eso con Chávez, cuando me vine yo, que con Maduro están todavía peor... No hay de nada...

LUISA- (*Animándose*). ¡Claro! ¡Por culpa del bloqueo...!

RUBÉN- Disculpe que la contradiga, señora. Eso es porque son comunistas, que es lo peor que se puede ser... (*Con pesar*). Y ahora están también mandando en España... (*Se santigua*). ¡Parece que me van persiguiendo!

LUISA- (*Se ríe*). ¡Pero los de este gobierno tienen de comunistas lo que yo de obispo! Ni siquiera son de izquierdas... (**RUBÉN la mira, espantado**. **LUISA carraspea**). En todo caso, lo que los comunistas buscan es la igualdad, y eso está bien... ¿No te parece?

RUBÉN- A mí, no, con su permiso. (*Con ardor*). Es Dios quien dispone el lugar de cada persona. Unos nacen pobres y otros, ricos y el que no esté conforme con lo que le ha tocado, es un tonto o un malvado que quiere encizañar a los demás... (*Se apacigua*). Si usted me permite decirlo... Está escrito en la Biblia: “Y Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros...”.

LUISA- (*Sorprendida*). ¡Vaya! ¿Te sabes la Biblia de memoria?

RUBÉN- (*Con humildad*). Sólo algunos versículos.

LUISA- Diga la Biblia lo que diga, yo creo que el mundo debería ser más justo, que todos deberíamos tener los mismos derechos...

RUBÉN- Como usted mande, señora.

VOZ DEL PADRE- (*Desde el pasillo*). ¡Tony!

LUISA- (*Suspirando*). ¡Ya empezamos! ¡Hay que ver qué perra ha cogido con él...!

RUBÉN- (*Estremeciéndose*). Ya lo veo, ya...

LUISA- Entonces, si estás de acuerdo con las condiciones, ¿cuándo podrías empezar?

RUBÉN- Hoy mismo, si usted quiere, señora...

VOZ DEL PADRE- ¡Tooony!

LUISA- ¡Claro que quiero! ¡Cuanto antes, mejor! (*Se levanta*). ¿Vamos? Pero no me llames señora, por favor. Si no quieres tutearme, llámame Luisa y basta.

RUBÉN- (*Se levanta de un salto. Servicial*). Como mande usted, señora... (*Salen los dos*).

II

(*Atardece. Entra LUISA, seguida de MARTA. Ambas van en ropa de calle: MARTA, más elegante y peinada de peluquería*).

LUISA- (*Eufórica*). ¡Qué alegría verte, Martita! ¡Estoy aislada del mundo! ¿Qué te apetece tomar? ¿Una cerveza?

MARTA- Lo que tú vayas a beber... Y a Pedro, ¿no le ves?

LUISA- Sí, pero... Como a él no le apetece venir aquí, y yo tampoco puedo salir más que un rato...

MARTA- ¡Claro! ¡Vaya faena! (*Se desploma en el sofá*). ¡Uf, qué cansancio!

LUISA- (*Saca dos cervezas de la nevera y dos vasos y lo deja todo en la mesa baja*). Voy a ver qué hay por ahí... ¡Como no contaba contigo, no he traído nada...! (*Abre un armario y coge una bolsa de patatas, las sirve en un cuenco y se sienta*). ¿Vienes del dentista?

MARTA- ¡Vengo de todas partes! Del dentista también. Pero antes había estado en la peluquería. Y, al salir de allí, me he ido al hospital a ver a la hija de mi prima, que sigue pachucha...

LUISA- ¿La embarazada? (*Abre las latas, sirve un poco en cada vaso y coge el suyo, dispuesta a beber*). ¿Brindamos?

MARTA- (*Ignorando la cerveza*). Ésa. Cogió un resfriado y se le pasó al pulmón. Por eso la ingresaron... Luego, como no mejoraba, le hicieron la cesárea para sacarle al niño... Y el niño está bien, en la incubadora. Pero ella tiene una neumonía que no se acaba de curar...

LUISA- Ya se curará, mujer... ¡Con lo joven que es...! (*Alza su vaso en dirección a MARTA, que no se da ni cuenta*).

MARTA- Supongo, sí... (**LUISA** baja el vaso, decepcionada). Lo peor es que su marido se ha contagiado también y, por si acaso, no le permiten que vaya a visitarla... Así que mi pobre prima no da abasto, entre la hija enferma y el nieto prematuro... Cuando me he ido al dentista, la he dejado allí en el hospital, esperando al médico... ¡A ver qué le ha dicho!

LUISA- No te preocupes, que a lo mejor le da ya el alta... (*Levanta de nuevo la cerveza*). ¿Brindamos por ella?

MARTA- (*Sin hacer caso*). Eso es lo que le digo yo a su madre, a mi prima, que le darán el alta un día de éstos. Pero ella está muy angustiada. Dice que cada vez la encuentra peor... Y, desde luego, buena cara no tenía, aunque, como yo no la veo a menudo, no puedo juzgar...

LUISA- (*Con firmeza*). Vamos a brindar por que la manden en seguida a su casa...

MARTA- (*Alza el vaso y brinda con LUISA*). ¡Eso es!

LUISA- (*Bebe un buen trago. Con deleite*). ¡Cuánto me apetecía...! Es que me tengo prohibido a mí misma beber a solas porque, dadas mis circunstancias, como empiece, no acabo...

MARTA- (*Se ríe*). Te entiendo. Cuéntame: ¿qué tal el nuevo cuidador?

LUISA- (*Animándose*). ¡Fenomenal! ¡Cuánto te agradezco que me lo mandaras! Cuando Pedro puso a Tony de patitas en la calle, se me cayó el mundo encima... Me vi aquí sola con papá, sin poderle mover de la cama... Y de repente, al día siguiente, llegaste tú con el venezolano... ¡Yo creía que estaba soñando...! Por cierto, ¿cómo te enteraste de que Pedro le había echado? ¿Hablaste con él? (*Bebe otro trago largo*).

MARTA- (*Turbada*). ¿Yo...? No... No lo sabía... Fue una casualidad... Leí en la peluquería un anuncio de un cuidador que se ofrecía y me acordé de ti, y dio la coincidencia de que te llamé en el momento oportuno...

LUISA- Pues ¡menos mal! Porque, al verme de repente sola con mi padre, se me cayó el mundo encima. Y eso que Pedro se quedó a ayudarme a acostarle aquella noche, pero estaba de una mala leche que ni te cuento... Se conoce que tenía miedo de que le cargara a él el mochuelo... Y entonces llamaste tú... ¡Fue como un milagro!

MARTA- Me alegro. Y del tal Tony, ¿has vuelto a saber algo?

LUISA- Le vi ayer para pagarle su indemnización...

MARTA- (*Asombrada*). ¿Es que le has indemnizado?

LUISA- ¡Claro, mujer! ¡Era de justicia! No podía dejarle tirado así, por las buenas. Y menos, con el porrazo que se había pegado... Al fin y al cabo, fue un accidente laboral... Aunque Pedro se empeña en que no, en que podía haberse subido a la escalera en vez de a la silla... (*Bebe otro trago*). El caso es que le he indemnizado y le he dado además una buena propina. Un pastón, en total, pero con tal de quitármelo de encima...

MARTA- ¡Menuda caradura tiene el tío! ¡Le ha salido de perlas! Y... ¿de dónde has sacado el dinero?

LUISA- Mira a tu alrededor... ¿Qué falta? (*Bebe otro trago largo*).

MARTA- (*Mira en torno. Insegura*). No sé... No caigo...

LUISA- ¡El reloj!

MARTA- (*Escandalizada*). ¿El reloj de tus bisabuelos, el antiguo? (**LUISA asiente**). ¿Qué has hecho? ¿Lo has vendido? (**LUISA asiente de nuevo**). Y ¿qué ha dicho tu padre?

LUISA- Mi padre no vivía pensando en que pudieran entrar a robárselo... Así que a él le he contado que me lo he llevado a mi casa, que como hay puerta blindada...

MARTA- ¡Pues ya verás cómo se entere! ¡Era una maravilla de reloj!

LUISA- No te pongas así. Al fin y al cabo, hace más servicio arreglándole la vida a una persona por un tiempo que ahí colgado en la pared...

MARTA- ¡Tú y tus ideas comunistas! Ya podías haberte metido en un partido liberal, que se lo quedan todo para ellos...! ¡Hasta la libertad!

LUISA- Yo prefiero dormir con la conciencia tranquila...

MARTA- ¡Pero no tan tranquila, mujer...! ¿Y Pedro lo sabe?

LUISA- (*Niega con la cabeza*). No es asunto suyo... Además, no ha vuelto desde esa noche. (**MARTA pone cara de vivo interés**). Ni creo que vuelva, así que no se va a enterar...

MARTA- Pero... ¿habéis discutido?

LUISA- Discutir, no... (*Se ríe sin ganas*). Es como una especie de guerra fría... ¿Sabes lo que me soltó el otro día? Que “ni se muere padre, ni cenamos”. ¡Tú fijate qué barbaridad...!

MARTA- (*Sonríe*). Y eso ¿qué es? ¿Un refrán?

LUISA- A a mí no me hace ni chispa de gracia. (*Suspira*). Es que está mosqueado con lo del viaje a Italia... Pero yo no me puedo marchar hasta que compruebe que Rubén funciona tan bien como parece... (*De un trago apura la cerveza que queda y mira con añoranza la lata vacía. A MARTA*). ¿Quieres otra?

MARTA- ¡No, no! Aún estoy empezando esta... (*Da un trago a su lata*).

LUISA- Aunque, si todo sigue así, nos iremos, porque este hombre es una maravilla... Hace ejercicio con mi padre, le da paseos por la casa... ¡Menuda diferencia con Tony, que le tenía acostado todo el día...! Eso sí: era muy cariñoso con papá... (*Con aire de misterio*). Demasiado, ¿me entiendes?

MARTA- No...

LUISA- ¡Pues imagínatelo! Y también papá estaba como abducido por él... Aún le llama... Puede que sea una paranoica, pero...

MARTA- Pero ¿qué?

LUISA- Ya sabes que el tal Tony era muy amanerado, y varias veces le pillé acariciándole... ¡Si hasta se metía con él en la cama...! Él decía que le daba masaje, pero masaje es lo que le hace éste de ahora y no tiene nada que ver...

MARTA- ¿Estás insinuando que...? (**LUISA asiente**). ¡Pero tu padre nunca lo hubiera consentido...!

LUISA- Pues no sé qué te diga. A lo mejor sí que lo consentía. A lo mejor le apetecía un placer imprevisto...

MARTA- (*Escandalizada*). ¿A tu padre? ¿Tú crees que, a estas alturas de la vida, se va a pasar de pronto a la acera de enfrente?

LUISA- Precisamente por eso, Marta. Cuando eres tan viejo y te tiras el día acostado mirando al techo, cualquier alegría, venga de dónde venga, es bienvenida...

MARTA- ¡Mujer, no digas eso...! (*Se oye una campanita*). Es mi móvil. (*Abre el bolso y se pone a hurgar en él*. **LUISA** va a la nevera y saca otra lata de cerveza. La abre y bebe con ansiedad, de espaldas a **MARTA**). A ver si va a ser un mensaje de mi prima... Como llevo toda la tarde de un sitio a otro, no he podido enterarme de qué les ha dicho el médico por fin... Y ahora... ¿dónde estarán las dichosas gafas...? En estos bolsos grandes te confías y vas metiendo un montón de cosas, pero es como si no las llevaras, porque nunca las encuentras... ¡Ah, aquí las veo! (*Saca el móvil y las gafas. Se las pone y teclea*). ¡Justo, es ella...! (*Lee en voz alta*). “Por fin se ha ido mi pobre hija... Su marido ha venido al hospital a arreglarlo todo, aunque está el hombre muy mal. Al niño lo dejaremos aquí solito...”

LUISA- ¡Qué bien! ¡Me alegro! Ya te decía yo que iban a darle el alta...

MARTA- (*Sorprendida*). Pero... ¿así, tan de repente? Y ¿por qué no la ha llevado mi prima a su casa? Porque su yerno tiene fiebre desde hace varios días... Ella misma me pone que está mal...

LUISA- Pero dice que ha ido a arreglar cosas... Será cuestión de papeleo y tendría él los papeles...

MARTA- ¡Claro, eso será! Voy a llamarla un momentito... ¡Estará contentísima! (*Tecllea en el móvil.*

LUISA *le da otro trago largo a la cerveza*). ¿Berta? Soy yo, sí. ¡Enhorabuena, chica! ¡No sabes cuánto me alegro! ¿Ves cómo no tenías que estar tan preocupada...? (*Se le cambia la sonrisa por una expresión de horror*). ¿Cómo dices...? ¿Que ha muerto? Pero... ¿no me has escrito que se iba del hospital...? ¡Ah, que se ha ido a...! ¡A...! (*Consternada*). ¡Vaya por Dios! ¡Cuánto lo siento! Ahora mismo salgo para allá... ¿Mejor al tanatorio? Dime, sí... Bueno. Pues hasta dentro de un rato, Berta. Y perdona... (*Cuelga. A LUISA*). ¿Te has enterado?

LUISA- (*Atragantándose con la cerveza*). Sí... Que se ha muerto... (*Tose*).

MARTA- ¡Ya me parecía a mí raro...! Pero, como tú has dado por supuesto... ¡Vaya una metedura de pata, encima de como está mi pobre prima...!

LUISA- ¡Mujer! ¿Y cómo me iba a imaginar...? Es que es una forma muy rara de decirlo: “se ha ido...”

MARTA- (*Se levanta*). ¡Una chica de veintisiete años, rebosante de salud...! ¡Una chica que siempre se ha cuidado, y más con el embarazo...! Y, de repente, por un resfriado mal curado... ¡Qué tragedia!

LUISA- Lo siento mucho, Marta...

MARTA- ¡Me voy pitando! Antes de ir al tanatorio, tengo que pasar por casa a cambiarme esta ropa por algo más discreto... (*Sale y LUISA detrás*).

VOZ DEL PADRE- (*Desde el pasillo*). ¡Toonyyy!

VOZ DE RUBÉN- (*También desde el pasillo*). ¡Ya voy yo, señor...!

(*Entra LUISA, coge la cerveza de la encimera y se la pone ante los ojos*).

LUISA- ¿Qué hago? ¿Me la termino o no? Porque no quiero beber a solas, pero, en realidad, esta lata la he empezado cuando estaba acompañada... (*Se la bebe y tira la lata. Luego repara en la de*

MARTA *y la coge*). ¡Marta se la ha dejado entera! Y ésta... ¿me la acabo? (*Duda unos instantes y*

también se la bebe, más despacio. Arrepentida). No sé por qué me la he tomado... Ya estaba calentuja... (*Preocupada de repente*). Y además, a ver si se me va a contagiar algo y luego se lo contagio yo a papá... Como ha estado en el hospital viendo a esa pobre chica...

III

(**LUISA**, en ropa de calle, se está abrochando el abrigo. Entra **RUBÉN**).

RUBÉN- Venía a preguntarle una cosa. Su padre, ¿no tiene zapatos?

LUISA- ¡Claro que sí! Lo que ocurre es que le hacen daño. Ni siquiera los de paño los aguanta... Le salen rozaduras en los dedos ...! Por eso va siempre en zapatillas de estar por casa...

RUBÉN- Es que son muy vulgares para salir a la calle... (*Carraspea*).

LUISA- Si sólo vais a dar una vuelta por cerca del portal, no se las verá nadie... Y, por feas que sean, es el único calzado que no le molesta, porque por dentro van forradas de borreguillo...

RUBÉN- (*Contrariado*). Ya, pero... La gente es muy cotilla y mira... (*Tose*).

LUISA- ¿Y qué? Además, será sólo alguna gente... Yo, por ejemplo, nunca me fijo en esas cosas...

RUBÉN- (*Reprobatorio*). Ya, pero... A mí no me parece bien que yo, que estoy a su servicio, vaya mejor vestido que ustedes... (*Se corta. Turbado*). Perdón: mejor vestido que el señor...

LUISA- Cada uno va como quiere, Rubén... Y tampoco estás a nuestro servicio. Tú haces tu trabajo y yo te pago, igual que a mí me pagan por el mío...

RUBÉN- Sí, señora.

LUISA- Por eso mismo, ya te he dicho que no me llames “señora”. Llámame Luisa.

RUBÉN- No me sale, señora...

LUISA- Pues llámame cómo quieras, pero que sepas que tú y yo somos iguales: dos currantes.

RUBÉN- Como usted mande. (*Le clava los ojos, penetrantes*).

LUISA- (*Traga saliva*). Parece que hoy está de mejor humor, ¿verdad?

RUBÉN- No crea. Con su permiso, le he dado un álbum de fotos de los que tiene usted ahí, a ver si

se entretenía, y se ha enfadado tanto que quería arrancarlas... (*Tose*).

LUISA- ¡No me digas! A lo mejor eran las de la boda de su hermana, y, como no se hablan... De todas formas, te agradezco que intentes animarle...

RUBÉN- Yo no puedo hacer nada si Dios no pone de su parte, señora. (*Recitando*). “Él restaura a los abatidos y cubre con vendas sus heridas...” (*Vuelve a toser*).

LUISA- (*Se ríe*). Algún mérito tendrás tú también...

RUBÉN- El mérito es de Dios. Verá: allá en Caracas tuve un accidente gravísimo. Me sacaron del carro puro muerto, y yo oía entre sueños a mi mamá que lloraba y a los médicos que decían que no podían hacer nada por mí. Pero por dentro seguía vivo, y le recé a Diosito y Diosito me sanó. Mi fe me había salvado, como dice Jesús... (*Tose de nuevo*).

LUISA- ¡Vaya! ¿Estás resfriado? ¿No tendrás la enfermedad ésa que ha venido de China?

RUBÉN- No, señora. Es alergia del polvo... Como los álbumes están en lo alto de de la estantería...

LUISA- ¿Y hay polvo ya? ¡Si los limpié la semana pasada...!

RUBÉN- Será por eso... (*Carraspea*). Ya se me va pasando...

LUISA- Mejor. Voy a bajar un momento a comprar algo de picar, porque va a venir mi amiga Marta con su hermano, con Jose. A ella ya la conoces... Si llegan antes que yo, ábreles, por favor.

RUBÉN- (*Con desagrado*). ¿Jose es ése que habla a gritos? ¿El de los pantalones de pana viejos?

LUISA- (*Se ríe*). ¡Hay que ver cómo te fijas en todo...! No: ése es Pedro. Jose viste aún peor: lleva siempre ropa deshilachada. Y un pendiente. Pero no grita. (*Con intención*). Es muy buena persona, y yo le adoro: somos amigos desde que éramos pequeños... Bueno, me voy pitando. (*Sale*).

RUBÉN- (*Con desprecio, para sí*). ¡Conque vienen ahora! ¡Qué oportunos! Y serán un hatajo de bochincheros mal vestidos, comunistas también... ¡Como si no tuviera yo bastante con aguantar al zorrocloco con sus pullas, que es para lo que me paga su hija...! Me paga bien, eso lo reconozco... Aunque más le valdría gastárselo en ir a la peluquería y comprarse ropa apropiada... Yo casi lo preferiría por mi propia dignidad de empleado suyo... Pero, como no quiere parecer una señora,

aunque lo sea... (*Mira en torno*). En fin, ¡vamos al tajo! A ver si me da tiempo de dejar esto limpio y de que se seque antes de que vuelva... (*Pulveriza alrededor, generosamente, el contenido de la botella*). El conjuro me lo he inventado yo, pero el agua es de Jerusalén, o eso me han dicho, así que tiene que surtir algún efecto... (*Deja la botella en la mesa, se dirige hacia una esquina del cuarto, se persigna y se santigua*). ¡Tony o su alma, por el Señor te conjuro a que te vayas! (*Después hace lo mismo en las otras tres esquinas*). ¡Tony o su alma, por el Señor te conjuro a que te vayas! ¡Tony o su alma, por el Señor te conjuro a que te vayas! ¡Tony o su alma, por el Señor te conjuro a que te vayas! (*Va al centro de la habitación, junta las manos y eleva los ojos al techo*). ¡Señor, si ya no está, te ruego que me des una señal!

(*Suena un timbre, y RUBÉN pega un salto del susto*).

RUBÉN- (*Volviendo a santiguarse*). ¡Gracias, Diosito!

(*Suena de nuevo el timbre*).

RUBÉN- (*Confuso*). ¡Vaya! Ahora ya no puedo saber si es Diosito o son los amigotes... Y... ¿qué hago? Si son ellos y les dejo pasar a esta habitación antes de que cuaje el exorcismo del todo y se seque el agua, me la van a contaminar de comunismo... (*Pensativo*). ¿O será más poderosa el agua de Jerusalén que sus almas diabólicas...? No sé... Por un lado, Dios y el agua sagrada son invencibles, así a primera vista... Pero también los comunistas tienen de aliados a Satanás y todas las fuerzas del mal...

(*Vuelve a sonar el timbre. RUBÉN se acerca al telefonillo, alza la mano hacia él, y la retira sin abrir*).

RUBÉN- En cualquier caso, puedo ponerle la excusa de que estaba duchando a su padre y, con el grifo abierto, no he oído el timbre... Voy a llevar al viejo al baño, por si llega ella y se los encuentra esperando en la puerta, que no me cache... (*Coge la botella y se para un momento, dubitativo. Luego se yergue*). No, no les abro. No me fío... Que no es que no me fie de Diosito y el agua bendita, por supuesto, sino de Satanás y los comunistas...

(*Sale. Vuelve a sonar el timbre*).

IV

(Luz del día. **LUISA**, de pie, deja el móvil en la mesa, enfadada. Entra **RUBÉN**).

RUBÉN- ¿Me ha llamado?

LUISA- Acabo de hablar con Pedro. ¿Por qué no le has abierto la puerta?

RUBÉN- ¿Al señor Pedro? Es que usted no me había advertido que esperásemos a nadie...

LUISA- Porque no sabía que iba a venir. Quería darme una sorpresa. Y él tiene derecho a presentarse cuando quiera. Como todos mis amigos. También el otro día pasó lo mismo con ellos...

RUBÉN- (*Con dignidad*). Mire, señora, yo no estoy para sorpresas, sino para cuidar de su padre. Y ya le he duchado. (*Orgulloso*). Y también me ha dejado que le vista.

LUISA- (*Sorprendida*). ¿Cómo lo has conseguido? ¿No se ha enfadado al ver que no eras Tony?

RUBÉN- Sí, pero... Diosito puede más que Tony...

LUISA- ¡Cuánto te lo agradezco! Yo no sé qué le pasa, que está obsesionado con ese hombre...

RUBÉN- Lo tiene apurruñado. (**LUISA le mira, atónita**). Que lo tiene pillado, señora, que le ha poseído, como un demonio...

LUISA- ¿Tú crees?

RUBÉN- Si me lo permite, yo puedo librarle de él, con la ayuda de Diosito. Dice el Evangelio: "Él mandaba al espíritu inmundo que saliera del hombre, pues muchas veces se había apoderado de él..."

LUISA- ¿Cómo se va a meter Tony en el cuerpo de mi padre? (*Se ríe*). ¡Si casi no cabía en el suyo!

RUBÉN- Es su alma la que ha entrado.

LUISA- Pero Tony está vivo, que yo sepa...

RUBÉN- Peor me lo pone. Como está vivo, tiene más energía para poseerle desde lejos...

LUISA- Eso son supersticiones, Rubén...

RUBÉN- (*Enfadado*). ¿Supersticiones? Pues yo le he sacado el demonio a una boliviana que

compartía el piso con nosotros. Decían que estaba drogada, pero es que la tenía apurruñada Satanás...

Conque todas las noches le ponía una cruz en la frente, y mandaba al demonio que saliera...

LUISA- ¿Y ella se dejaba?

RUBÉN- (*Asiente*). Ella no se enteraba de nada. Estaba como ida. Hasta que se libró de Lucifer y se marchó a otro piso... Gracias a mí, empezó una nueva vida.

LUISA- (*Con ironía*). A lo mejor se había cansado de que la exorcizaras...

RUBÉN- ¡Al contrario! Antes de irse, me dio las gracias. Y se llevó la cruz. ¿Qué más señales quiere? (*Pensativo*). Lo malo fue que me quedé sin ella...

LUISA- ¿Sin la boliviana?

RUBÉN- (*Ofendido*). No, señora. Sin la cruz. Me la había encontrado en el suelo una tarde al salir de la iglesia y entonces pasó lo de la boliviana, y me di cuenta de que la cruz había sido un instrumento del Señor para que le sacara el demonio a esa mujer... Era de oro y tenía como unos brillantitos...

LUISA- (*Asombrada*). ¿Era de oro y brillantes? ¿Y se la llevó ella?

RUBÉN- (*Asiente*). Pero puedo localizarla y que me la preste para probar con su padre... Aunque a Lucifer se le podrá expulsar con cualquier cruz, yo a ésta ya le he cogido el tranquillo...

LUISA- No creo que esa mujer la tenga todavía... (*Para sí*). Ya se la habrá pinchado, o esnifado... (*En alto*). Además, lo de mi padre es distinto... Lo único que le pasa es que echa de menos a Tony.

RUBÉN- (*La mira intensamente*). Ese Tony nunca le va a dejar en paz, señora. Usted misma lo está viendo. Y yo no le voy a hacer ningún daño: sólo le voy a poner la cruz en la frente...

LUISA- Es que se va a enfadar. Él no cree en esas cosas, y... Te lo agradezco mucho, Rubén, pero... Me parece excesivo. Vamos, que no creo que haga falta...

RUBÉN- Para mí es imprescindible, señora. No puedo trabajar con el espíritu de ese hombre metido en el cuerpo de su padre. Tengo que pelearme con él para ducharle, para vestirle... Si hoy se ha dejado es porque Diosito me ha ayudado y contra Él, Tony no tiene ningún poder. Pero Diosito no puede estar a mi disposición cada vez que le tenga que hacer algo al señor. ¿No comprende?

LUISA- (*Conteniendo la risa*). Sí, claro, ya me hago cargo de que Diosito estará muy ocupado...

RUBÉN- Por eso hay que expulsar a Satanás. (*La mira fijamente*). Si no, yo me tendré que ir...

LUISA- (*Asustada*). ¡Rubén! ¿Hablas en serio?

RUBÉN- Completamente en serio... No puedo estar en paz en esta casa con esa bestia dentro del señor. Y ahora, con su permiso, voy a seguir bregando con los dos... (*Sale*).

LUISA- (*Para sí*). ¿Cómo voy a quedarme ahora sin él? Mejor que exorcice a papá... Total, daño no le va a hacer... Sólo el susto... (*Se anima de repente*). ¡Anda, claro, eso es...! ¡Qué buena idea! ¡Rubén!

RUBÉN- (*Entrando*). Diga, señora...

LUISA- Mira, que sí, que le saques el demonio a mi padre. Pero con una condición: que uses la misma cruz que usaste para la boliviana.

RUBÉN- ¿Y si no doy con ella?

LUISA- No sé qué decirte... Esa cruz te dio resultado, pero yo no me fío de otra. Tú mismo has dicho que le habías cogido el tranquillo... Compréndelo: es mi padre y no quiero correr ningún riesgo...

RUBÉN- (*De mala gana*). Muy bien, señora. Intentaré encontrarla.

LUISA- (*Apurada*). Pero, hasta que la encuentres, seguirás con nosotros, ¿verdad? Aunque no le exorcices... (**RUBÉN** *la mira intensamente*). ¿Verdad, Rubén? (*Duda unos instantes*). Además, quería proponerte una cosa...

RUBÉN- Dígame.

LUISA- Que te quedaras a dormir aquí...

RUBÉN- (*Sobrecogido*). ¿Con el señor? No, señora. Después de lo que acabo de decirle...

LUISA- ¡No, no! Dormirías en mi cuarto, en mi cama. Te dejaría la habitación para ti...

RUBÉN- ¿Y usted?

LUISA- (*Balbuceando*). ¿Yo? Al principio..., las primeras noches..., me acostaría en el sofá, y después... Me iría a mi casa. Lo que te estoy pidiendo es que trabajes de interno. Yo vendría a hacer

la comida a diario y a estar un rato con mi padre para que tú pudieras descansar. Y también me quedaría los fines de semana... Y te pagaría mucho más que ahora, claro está...

RUBÉN- Ésa no es la cuestión, señora... La cuestión es...

LUISA- (*Interrumpiéndole*). ¿Por qué no te lo piensas mejor antes de contestarme? Total, no hay tanta diferencia porque ahora te vas muy tarde y vienes muy temprano... Sólo sería dormir... Además, me tengo que ir de viaje cuatro o cinco días y tú te quedarías de dueño de la casa...

V

(**LUISA** *sola, mira por la ventana*).

LUISA- (*Suspirando*). ¡Qué ganas tengo de salir a algún sitio que no sea a la farmacia o a la compra! ¡Me paso el día aquí encerrada...!

(**RUBÉN** *se asoma a la puerta*).

RUBÉN- ¿Puedo pasar? Tengo que hablar con usted... (*Entra*).

VOZ DEL PADRE- ¡Tooonyyyy!

(**RUBÉN** *se persigna y se santigua*).

LUISA- ¿Has decidido ya lo que te dije?

RUBÉN- No sé, señora. Es que no encuentro ni a la boliviana ni la cruz... Y, como ve, cada vez me cuesta más trabajo luchar contra... Contra “eso”. Estoy sobrepasado. No me puedo enfrentar solo a un espíritu tan... Tan potente.

LUISA- ¡Pero Rubén! No te lo tomes tan en serio. Lo único que le pasa a mi padre es...

RUBÉN- (*Interrumpiéndola*). Como usted mande. Verá, señora: venía a plantearle una cuestión...

LUISA- (*Temerosa*). ¿Que...? ¿Que no vas a quedarte por la noche...?

RUBÉN- Depende una cosa...

LUISA- (*Aliviada*). Dime.

RUBÉN- Es mi mujer, Nazaret.

LUISA- (*Sorprendida*). ¿Estás casado?

RUBÉN- (*Sonriendo*). Desde hace un mes, señora.

LUISA- Así que estáis en plena luna de miel...

RUBÉN- Un poco sí. Aunque nos conocemos desde niños. Pero para mí no ha habido nunca otra...

(*Solemne, recitando*). “El que halla esposa halla algo bueno y alcanza el favor del Señor”... En fin, lo que quería pedirle es si puede venir ella a dormir conmigo... Nos vamos a extrañar mucho si no...

LUISA- (*Animada*). Es natural. Por mí, encantada. Si a vosotros no os importa que la cama sea un poco estrecha...

RUBÉN- Por eso no se apure, que es más grande que la que tenemos ahora... Además, Nazaret se quedaría también durante el día, porque de momento no tiene trabajo...

LUISA- (*Dudosa*). No sé, Rubén... Lo de dormir me parece muy bien, pero lo otro... Ya ves lo pequeña que es esta casa... No hay sitio para cuatro personas...

RUBÉN- Pero usted me dijo que se iba a ir de viaje...

LUISA- Eso pensaba, sí...

RUBÉN- Pues, mientras tanto, ya le saldrá a ella un empleo...

LUISA- ¿Tú crees? ¿Así, de repente?

RUBÉN- Con la ayuda de Diosito... (*Recitando*). “En ella confía el corazón de su marido, y no carecerá de ganancias. Ella le trae bien y no mal todos los días de su vida”.

LUISA- ¿Y si no le sale nada, a pesar de lo que diga la Biblia?

RUBÉN- Entonces le echaría una mano a usted... (*Mira alrededor*). Le limpiaría las lámparas, las ventanas, los espejos...

LUISA- Pero yo no necesito... (*Se interrumpe*). Lo que quiero decir es que no tengo dinero para pagaros a los dos...

RUBÉN- (*Muy digno*). No le pido dinero, señora. Me basta con el sueldo que me da a mí...

(*Carraspea*). Mire: voy a decirle la verdad: si insisto tanto no es sólo por estar con ella, sino porque Nazaret es un alma inocente y su influencia puede hacerle mucho bien al señor. El demonio se asusta cuando ve gente buena a su alrededor...

LUISA- ¿Tú crees? En fin, a mí lo que me interesa es que mi padre esté atendido...

RUBÉN- No va a interferir en mi trabajo, señora. Al revés: para mí será un gran ayuda espiritual hasta que encuentre a la boliviana y consiga la cruz... (*Solemne, recitando*). “Entonces llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y para sanar toda enfermedad y toda dolencia...”

LUISA- Si lo dice la Biblia... No creo que vaya a haber ningún problema...

VOZ DEL PADRE- ¡Tooonyyy!

RUBÉN- (*Se persigna y se santigua*). Gracias, señora. Ahora, si me permite... (*Sale*).

VI

(*Por la ventana entra la luz de las primeras horas de la tarde*).

LUISA- (*Coge el móvil y marca*). ¿Pedro? Hola, cariño. ¿Qué tal sigue tu amigo? (*Pausa*). ¿Una neumonía? (*Sorprendida*). Pero, Pedro, ¿por una simple gripe? ¿No me dijiste que se había vacunado? (*Pausa*). Sí, parece que este año ha venido muy fuerte, porque una compañera mía también está fatal... A ver si va a ser el coronavirus ese... ¿Has visto que los chinos que han vuelto de Vuhán han cerrado sus tiendas y se han puesto en cuarentena? (*Pausa*). Tienes razón: son muy exagerados. Si eso hubiera llegado aquí, ya habrían tomado medidas... Bueno, te llamo por lo del viaje a Italia. Yo creo que, si todo sigue así, podremos irnos pronto, porque este hombre trabaja muy bien. Además, va a venir su mujer a ayudarlo... La conocí ayer y es muy amable, muy dispuesta. Eso sí: se pasa todo el rato haciendo la señal de la cruz... Pierde tanto tiempo santiguándose que no me extraña que no encuentre trabajo... (*Se ríe*). Además, es horrorosa, aunque su marido está convencido de que es una belleza... (*Ofendida*). Ah, ¿no te interesa lo que te estoy contando...? Oye, no te pongas así, que tú

también me metes rollos a mí y me agunto. ¿Qué te pasa, que estás de tan mal humor? (*Pausa. Molesta*). Vale, vale... Lo que quería proponerte es que acortásemos el viaje. No me atrevo a dejar a mi padre las dos semanas que habíamos planeado... Podemos pasar unos días en Roma, y ya volveremos en otra ocasión a ver Pompeya y Venecia y lo que haya que ver... (*Pausa. Enfadada*). ¿Cómo que no te compensa? ¡Más ilusión me hacía a mí! (*Pausa. Decepcionada*). Ah, ¿que a ti ya no te hace ilusión? ¡No lo estarás diciendo en serio! (*Pausa*). No te lo tomes así, hombre, ahora que todo va a arreglarse... ¡Y yo, que te llamaba tan contenta...! (*Pausa*). Venga, pues ya hablaremos cuando se te pase el mosqueo... Mientras tanto, voy a pensar lo que me tengo que llevar al viaje... Te dejo. Adiós, tesoro... (*Cuelga y se queda mirando el móvil, pensativa. De repente se anima*). Yo, sin embargo, ¡estoy eufórica...!

(*Entra RUBÉN*).

RUBÉN- Con su permiso, señora... Quería preguntarle qué tal le pareció mi mujer...

LUISA- Muy bien. Muy simpática. Y muy guapa... ¿Va a venir también hoy?

RUBÉN- Sí: como usted le dijo. Deben de estar a punto de llegar...

LUISA- (*Extrañada*). ¿Deben?

(*Suena el telefonillo*).

RUBÉN- Con su permiso... (*Descuelga y abre*).

LUISA- (*Con reproche*). ¡Anda! ¿Ahora abres sin preguntar quién llama? Hoy no tienes tantos escrúpulos como otros días... ¿Y si no es ella?

RUBÉN- Es que la he oído regañar a los niños. Si no, no habría abierto...

LUISA- (*Escamada*). ¿A qué niños?

RUBÉN- ¿Me disculpa, señora? Voy a recibirles, que ya deben de estar aquí arriba...

(*Sale RUBÉN*).

LUISA- Pero... ¿a qué niños te refieres?

(Sale también).

VOZ DE MUJER- (*Desde el pasillo. Siempre seseando*). Buenas tardes, señora. Aquí estamos.

VOZ DE LUISA- Buenas, pero...

VOZ DE RUBÉN- (*Con orgullo*). Mire, señora, son nuestros chamitos: Elisbez, Dorcas y Osvaldo.

(*Ruido de carrera*). ¡Osvaldo, no corras! ¡Ven aquí a saludar a la señora! (*Ruido de más carreras. A gritos*). ¡Dorcas! ¡Volved aquí, que ahí dentro hay un señor que está durmiendo la siesta y vais a despertarlo...!

VOZ DE MUJER- (*También a gritos*). ¡Dorcas! ¿No oyes a tu padre? Elisbez, vete por ellos...

Disculpe usted, señora... Es que les llama la atención un pasillo tan largo...

VOZ DEL PADRE- ¡Tony! ¡Tooonny!

VOZ DE MUJER- ¿Lo veis? ¡Ya le habéis despertado!

(*Ruido de un metal al caer y rebotar con mucho estruendo*).

VOZ DE RUBÉN- (*A gritos*). ¡Elisbez! ¡Ten más cuidado, hija! ¿No te das cuenta de que aquí es muy fácil tropezar? ¡A ver qué has roto...!

VOZ DE MUJER- (*Con reproche*). Es que esta casa está a rebosar de cosas...

VOZ DE LUISA- Pero... ¿estos niños...?

VOZ DE MUJER- ¿Te has hecho daño, Elisbez? Pues si no te has hecho daño, corre a buscar a tus hermanos... Deben de estar molestando al señor...

VOZ DE RUBÉN- (*Alarmado*). ¡No, que no corra, no! ¡Ya voy yo!

VOZ DE MUJER- Usted perdone. Es que, con niños, ya se sabe...

VOZ DEL PADRE- ¡Tony! ¡Tooonny!

VII

(*Anochece. Entra LUISA, seguida de RUBÉN*).

LUISA- Esto no puede repetirse, Rubén...

RUBÉN- Pero ¿por qué, señora? ¡Si Nazaret se ocupa de ellos...! Es que hoy, como era el primer día... Y son críos, y todo les despierta la curiosidad...

LUISA- Mi padre está con un ataque de nervios...

RUBÉN- No es su padre, señora, con perdón. Es lo que tiene dentro, que se siente acorralado ante tanta inocencia... ¿No se ha fijado en cómo temblaba el señor? ¡Pues ésa es la señal! Si usted no hubiera intervenido, el demonio habría acabado por salir de su cuerpo, acosado por esas criaturitas de Dios, y se habría marchado por la ventana, sin necesidad de ningún exorcismo...

LUISA- ¡No digas tonterías! ¡Se han metido en su habitación como una tromba y eso es lo que le ha asustado al pobre...! Aparte de que él nunca ha soportado a los niños. Y los tuyos no paran quietos.... Han abollado una jarra de plata. Y han roto el cristal de la foto de boda de mis padres...

RUBÉN- Como el señor la tiene en la mesilla... Yo ya veía que algún día se iba a caer...

LUISA- Sea lo que sea, Rubén. ¡Esto no puede ser!

RUBÉN- Esto es el primer día, señora. En cuanto se acostumbren...

LUISA- Lo malo es que... No pueden acostumbrarse, Rubén...

RUBÉN- Pero usted permitió que viniera mi mujer...

LUISA- Tu mujer, sí, pero no con niños. Ni siquiera sabía que tuvierais hijos. Como me dijiste que os acababais de casar...

RUBÉN- *(Le clava la mirada. Desafiante).* ¿Y qué, señora?

LUISA- *(Turbada).* No, nada. Pero que no me imaginaba...

RUBÉN- Los hijos son una bendición de Dios, con su permiso, lleguen antes o después de la boda. Dice la Biblia: “Los hijos son una herencia de Jehová; el fruto del vientre es una recompensa...” Y nosotros no podemos pagar a nadie que los cuide, como usted, que me paga a mí para que cuide de su padre... Además, usted me había dicho que usted y yo éramos iguales, con su permiso...

LUISA- Y lo somos, pero... Tampoco yo puedo llevarme niños a mi trabajo...

RUBÉN- Porque no los tiene...

LUISA- Ni aunque los tuviera...

RUBÉN- Además, si Nazaret viene a su casa, ¿con quién los va a dejar?

LUISA- Pues que no venga Nazaret. Que no venga...

RUBÉN- (*Dubitativo*). Que no venga Nazaret, dice usted...

LUISA- (*Con firmeza*). No, Rubén.

(*Silencio, en el que RUBÉN le clava los ojos*).

LUISA- (*Con aprensión*). ¿Qué estás pensando?

RUBÉN- Que, en ese caso, me despido. Me han ofrecido otro empleo.

LUISA- (*Consternada*). ¡No me digas!

RUBÉN- Me llamaron de la agencia para ofrecérmelo. Sólo de media jornada, para ocuparme de un caballero y llevarle en coche al hospital todas las mañanas. Un caballero que... (*Con rencor*). Que no está poseído, con perdón... Como, además de cuidador, hago de chófer, me pagan más por hora, así que, aunque gano un poco menos, me compensa...

LUISA- (*Incrédula*). ¿Estás hablando en serio?

RUBÉN- ¡Y tanto! Al principio iba a rechazarlo porque tenía la esperanza de recobrar la cruz y poder ayudar a su padre. Pero la boliviana no aparece, conque me lo pensé mejor, y antes de ayer, al salir de aquí, me acerqué a conocer a los nuevos señores... Es que, y usted disculpe, ¡ellos sí que son señores de verdad! (*Arrobado*). Se les nota a la legua, desde la elegancia con la que visten hasta la distancia que ponen al saludarte... Allí no hay confianzas: yo entro por la puerta de servicio, y, si me tomo un café, me lo tomo en la cocina con la criada, y no como aquí, usted y yo mano a mano...

LUISA- ¿Qué tiene eso de malo?

RUBÉN- Pues lo tiene, señora... Hasta voy a llevar uniforme de chófer, para que no haya confusión cuando salga con ellos a la calle... ¡Y no vea qué casa! Las paredes están llenas de retratos de sus antepasados y de cuadros de vírgenes y santos... (*Con reproche*). Porque ellos sí que creen en Dios... Y, como dice el Evangelio: “Un hombre sabio edificó su casa sobre la roca; y cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y azotaron aquella casa; pero no se cayó, porque había sido fundada

sobre la roca”.

LUISA- (*Desolada*). ¡Pero Rubén...! ¡No me puedes hacer esto! ¿Cómo vas a dejarme así tirada, de un día para otro?

RUBÉN- No es de un día para otro. Me lo he pensado mucho, no se crea. Por eso le propuse traerme a Nazaret. Entre ella y los niños podríamos neutralizar al tal Tony. Si usted la aceptaba, seguía aquí, y si no...

VIII

(*La puerta del pasillo está cerrada. LUISA, sentada en el brazo del sofá, habla con MARTA, que lleva un peinado nuevo. MARTA tiene ante sí una infusión y LUISA, una cerveza en la mano*).

MARTA- Entonces, ¿no has conseguido convencerle?

LUISA- (*En voz baja*). No. De momento sigue aquí, pero sólo hasta mañana, que empieza a trabajar en la otra casa... ¡Estoy desesperada, Marta...! Y todo porque se le ha metido en la cabeza exorcizar a mi padre...

MARTA- (*Se ríe*). No es por eso, mujer. Eso es la excusa que te ha puesto. Se va porque pretendía instalarse aquí con la familia y le ha salido el tiro por la culata... Ahora, en ese chalé, lo tiene muchísimo más fácil...

LUISA- ¡Que no, que tú no le conoces...! (*Molesta*). Siempre juzgas mal a la gente...

MARTA- (*Se ríe de nuevo*). Piensa mal y acertarás. De todo, Luisa. Hazme caso.

LUISA- ¡Yo no le veo la gracia! ¡Ya que me había hecho la ilusión de ir a Italia...! ¡La estaba tocando con la punta de los dedos, y ahora la veo cada vez más pequeña y más lejana, como si se la fuera a tragar el mapa...! (*Bebe un trago*).

MARTA- Bueno, bueno... ¿Qué te han dicho en la agencia de cuidadores?

LUISA- Me han mandado varios candidatos, y uno de ellos me ha gustado bastante, pero...

MARTA- Pero ¿qué?

LUISA- Que tenía los papeles en regla.

MARTA- ¿Y eso es un problema? No te entiendo...

LUISA- Problema, no. Lo que pasa es que, cuando acababa de irse, me ha llamado un camarada del partido diciéndome que conocía a un chico hondureño que acaba de llegar a España y es ilegal... He hablado por teléfono con él y parecía muy amable... No tiene ninguna experiencia, pero, a cambio, se muere de ganas de trabajar...

MARTA- (*Perpleja*). ¡Pues ya me contarás! ¡Si no tiene ninguna experiencia y encima es ilegal...!

LUISA- ¡Por eso mismo, Marta! ¿No te das cuenta? Así le legalizo yo al hacerle el contrato y le salvo de que le traten como a un esclavo, porque a los ilegales ya sabes tú cómo les explotan... El otro, el de la agencia, seguro que encontrará trabajo, pero éste, sin papeles, a ver qué va a encontrar... (*Da otro trago largo*).

MARTA- Ya te ha encontrado a ti. A santa Teresa de Calcuta.

LUISA- ¡No digas tonterías! Lo que hace falta es que se entienda con mi padre y vaya aprendiendo a cuidar de él. A ver si sale todo bien, y algún día puedo recuperar mi independencia y vivir a mi aire. Aunque sólo sea a ratos. Ya no aguanto seguir aquí encerrada, venga a limpiar y a hacer comidas, sin ver a nadie más que a la cajera del supermercado... Y a la farmacéutica, claro... ¡Estoy aislada del mundo!

MARTA- (*Con vivo interés*). ¿Y a Pedro? ¿No le ves?

LUISA- ¿Pedro? Pedro... ¡está de un borde...! No me echa una mano en nada. Pero ni de boquilla, aunque sólo fuera por cumplir... Además, le noto muy raro... (**MARTA** *la mira, alarmada*). Sí, sí. Fíjate: estaba tan entusiasmado con lo de Italia, y, sin embargo, cuando, gracias a Rubén, parecía que podríamos marcharnos tres o cuatro días, no le hizo ninguna ilusión...

MARTA- Normal. Si él planeaba haber estado allí más tiempo...

LUISA- No es eso... Es que... Ya no le apetece...

MARTA- ¿Por qué lo dices?

LUISA- Porque... Yo tenía miedo de cómo iba a reaccionar al enterarse de que Rubén se marchaba

y que ya no podría viajar, y, sin embargo... Ha sido como si le quitara un peso de encima...

MARTA- ¿Tú crees?

LUISA- Estoy segura. ¡Hasta se le escapó un suspiro de alivio!

MARTA- ¡Qué torpes son los hombres! (*Se lleva la mano a la boca, como si se le hubiera escapado la frase. Turbada*). Quiero decir que... Que estará mosqueado con todo esto y por eso fingió que le daba igual...

LUISA- A lo mejor es eso, sí... En fin, ¡ya se le pasará! (*La mira*). Oye, ¿qué te has hecho en el pelo? ¿Te lo has aclarado?

MARTA- (*Se toca el pelo como avergonzada*). Un poco nada más. ¿Se nota mucho?

LUISA- No. Sólo que estás más guapa. Te sienta muy bien ese color... (*Le coge una mano a*

MARTA. Admirada). ¡Y qué uñas llevas! De manicura, ¿no?

MARTA- (*Cortada, retira la mano*). No... Es que el otro día me compré una laca de éstas modernas, con adornitos... Y, por entretenerme un rato...

LUISA- ¡Te han quedado preciosas! ¡Vas hecha un figurín! ¡Qué envidia! Yo no tengo ni tiempo ni ganas de nada... (*Bebe un trago largo de cerveza*). Y cuéntame: ¿por fin te vas a Noruega?

MARTA- Ya veremos... De momento, a mi hermano aún no le han dado permiso en el trabajo...

VOZ DEL PADRE- (*Desde el pasillo*). ¡Tooonyy!

LUISA- ¿Ves? ¡No para de llamarle! ¡Ya anda el diablo haciendo de las suyas, como diría Rubén...! Espero que vaya él a atenderle... ¡Estoy tan a gusto aquí hablando contigo...! Voy a tomarme otra cerveza. ¿Tú quieres algo?

MARTA- Yo, no. Además, voy a marcharme porque, si no, te vas emborrachar por mi culpa...

ACTO III

I

(Sobre la encimera de la cocina, LUISA pela unas patatas. Hay una cacerola al fuego.

Entra YERKO, que es muy joven, con un cubo y una fregona y se pone a fregar el suelo).

LUISA- No friegues el suelo ahora, Yerko. Espera a que termine. Si no, te lo voy a pisar...

YERKO- *(Habla seseando).* No importa. Luego lo asearé otra vez... *(Sigue fregando).*

LUISA- Pero es que es una tontería... Doble trabajo y se va a quedar más sucio...

YERKO- *(Impertérrito).* ¿Me permite?

(LUISA cambia los pies de sitio, sin dejar su tarea, y YERKO friega el hueco que ha dejado).

YERKO- Ya puede ponerse donde estaba...

LUISA- Es que ahora está mojado...

YERKO- No importa. Luego lo asearé otra vez...

(**LUISA** suspira, se coloca donde antes y sigue pelando patatas. **YERKO** acaba de fregar el suelo de alrededor y se queda a su lado, dando vueltas al palo de la fregona dentro del cubo).

LUISA- ¿Ves? Ahora no podemos movernos ninguno de los dos... Nos hemos quedado encerrados... (Da un respingo). ¡Ay, Yerko, casi se me olvida...! Hablé ayer con la abogada y me dijo que es imposible hacerte un contrato, que no puedes sacarte los papeles hasta que lleves tres años en España... ¡Me quedé de piedra!

YERKO- ¿Y eso?

LUISA- Porque hasta entonces estás condenado a ser ilegal, a esconderte de la policía, y a mantenerte de trabajos basura o de la caridad... ¡Tres años viviendo al margen de todo, como si no existieras...! ¡Vaya una ley injusta! Sólo aceptamos a los que han entrado por asilo y a sus familiares cercanos...

YERKO- Mi hermano, el que vive aquí, está asilado...

LUISA- (Deja las patatas. Emocionada). ¿De verdad? ¡Entonces todo cambia! ¡Qué suerte! (**YERKO** la mira, impertérrito). ¿No te das cuenta? Si él ha entrado por asilo, tú también puedes acogerte y te dan los papeles en seguida. Eso me dijo la abogada. Y debe de ser facilísimo... Habla con ella y te lo explicará. Se llama Patricia. Ahora mismo te doy su teléfono...

YERKO- Es que... No sé si podré llamarla hoy...

LUISA- Cuanto antes, mejor. ¿No crees? (Acaba de pelar las patatas y deja el cuchillo).

YERKO- Es que ayer llegó mi primo de Honduras y nos fuimos a pijiniar... ¡Menuda fiesta...!

LUISA- (Por cortesía). ¿Ah, sí? (Mira el suelo alrededor). ¿Se habrán secado ya el suelo?

YERKO- Todavía no. Ando un poco zurumbo, pero lo pasé verga. Mi cuñada... La madre de él...

LUISA- (Impaciente). La madre ¿de quién?

YERKO- Del hermano de mi cuñada. La operaron el día que mi primo se venía... Allá en Tegucigalpa... Y el hijo de ella andaba nervioso, aquí, tan lejos, y se puso a tomar... Todos tomamos. Cayeron más de treinta latas de cerveza... Pero yo no ando bolo...

LUISA- ¡Vaya! (Aparta la cacerola del fuego). Aunque ¿qué tiene que ver eso con la abogada?

YERKO- Es lo que le estoy explicando. Que anduvimos platicando toda la noche. Y comiendo nacatamales y tostones... ¿Sabe cómo se hacen los nacatamales?

LUISA- No. Perdona, pero voy a triturar esto. *(Mete la batidora en la cacerola, y se pone a batir).*

YERKO- *(A voces, sobre el motor de la batidora).* Pues hay que montar la masa con harina de maíz y agua. Aparte, hace una salsa con culantro, ajo, cebolla y pimienta y la mezcla con manteca de cerdo y se cuece todo a fuego lento. Luego, para el relleno, le pone arroz cocido, papas y garbanzos...

LUISA- *(También a voces).* ¡Uf! ¡Menuda trabajera! Debe de estar riquísimo, pero... *(Apaga la batidora. Cesa el ruido).* ¡Estoy hasta las narices de guisar!

YERKO- Y carne de cerdo o de pollo... Con todo eso junto, se rellena la masa...

LUISA- *(Sin ningún interés).* Ah, qué bien... *(Desenchufa la batidora y la deja en la encimera).*

YERKO- Deje, que yo lo chaineo... *(Le coge a LUISA la batidora y la mete bajo el grifo).*

LUISA- ¿Se ha secado ya el suelo? ¡A ver si conseguimos huir de la cocina...! Mira: en este ratito podías aprovechar para hablar con la abogada... Voy a darte el teléfono... *(Se fija en la batidora bajo el grifo. Alarmada).* ¡Ay, no, Yerko! ¡La parte de arriba no se puede mojar! *(Se la quita a YERKO y la examina, preocupada).* ¡Qué faena! ¡Se habrá estropeado...!

YERKO- *(Sorprendido).* ¿Es que este chisme se parte en dos? ¡No lo sabía! A ver si se ha dañado... *(Enchufa la batidora. Se oye una explosión y se va la luz, quedando una claridad escasa).* Sí se ha dañado, sí...

LUISA- *(Histérica).* ¡Quítalo! ¡Desenchufa! ¡Voy a volver a dar la luz!

(LUISA sale a saltos para no pisotear el suelo mojado. YERKO desenchufa la batidora).

VOZ DE LUISA- *(Desde el pasillo. A gritos).* ¿Ya la has desenchufado?

YERKO- *(También gritando).* Sííí...

(Vuelve a encenderse la luz. YERKO coge la fregona y vuelve a fregar el suelo).

VOZ DEL PADRE- *(Desde el pasillo. A gritos).* ¡Tooony!

VOZ DE LUISA- ¡Un momento, papá!

(*Entra LUISA*).

LUISA- (*Intentando disimular su enfado*). ¿Otra vez estás fregando? Mira, Yerko, ¿por qué no lo dejas y te vas a levantar a mi padre? Yo tengo que seguir con la comida, y...

YERKO- (*Sigue fregando*). Ahora voy. En cuanto le dé otra pasada...

LUISA- No: vete ya, porque, si el suelo está mojado, el pobre se puede resbalar... Aparte de que, como vamos a andar todos pisándolo, va a quedar más sucio que si no lo hubieras limpiado...

YERKO- (*Sigue fregando*). No se preocupe, que yo luego lo aseó otra vez...

LUISA- (*Exasperada, le quita la fregona*). Prefiero que le levantes. A ver si consigues vestirle tú y que se vaya acostumbrando... Yo ya no doy abasto...

VOZ DEL PADRE- (*Desde el pasillo. A gritos*). ¡Tooony!

II

(*LUISA se asoma a los cristales de la ventana. Llueve. Se abraza a sí misma con un escalofrío. Luego coge el móvil y teclea*).

LUISA- ¿Marta? ¿Qué tal? ¡Hace mucho que no hablo contigo! Pues yo, igual que siempre en los últimos tiempos... (*Pausa*). Sí, es muy buen chico, pero... Está aquí la mitad de su familia y es como si no hubieran salido de su país, como si siguieran viviendo allí, en una pequeña Honduras que han montado en su casa... (*Se ríe*). Sólo comen comidas hondureñas, sólo oyen música hondureña, sólo se tratan con otros hondureños... Así, nunca se va a adaptar a las costumbres de aquí. Ni a la forma de hablar. De platicar, porque soy yo la que estoy aprendiendo el español de Honduras para hacerme entender... Encima, un día de éstos van a venir todos a conocerme... ¡Imagínate, en esta casa tan pequeña! Y tendré que sacarles algo para picar pero, como no prueban las cosas españolas, me veo preparándoles unos nacatamales... (*Se ríe*). ¡Ah, yo qué sé! Será lo que se hace allí, visitar a los jefes, como él me llama. Para mí es una pesadilla y seguro que para ellos también, pero considerarán que

es su obligación... (*Pausa*). Pues no sé, Marta. Ya se lo he dicho al chico, a Yerko, y parece que está dispuesto a quedarse también por la noche, pero lo de irme a Italia, no lo veo... Aparte de que no sé si a Pedro le sigue apeteciendo... Y tú, ¿qué tal? (*Pausa*). Ah, ¿que has quedado? Perdona entonces, que te estoy entreteniendo... Adiós, Martita... Si tienes que volver al dentista, podíamos vernos, aunque sólo sea un rato...

(*Entra YERKO con un paño y se pone a enjuagarlo bajo el grifo*).

LUISA- Oye, Yerko, ¿le mandó tu hermano los papeles a la abogada?

YERKO- (*De espaldas, concentrado en su tarea*). Es que no le dije nada porque no le vi.

LUISA- Pero ¿no vivís juntos?

YERKO- Sí, pero antes de ayer anduvo trabajando hasta tarde y yo ya estaba palmado cuando llegó...

LUISA- ¿Y ayer?

YERKO- Ayer tampoco nos encontramos... Sólo le puedo ver a mediodía y como estoy aquí...

LUISA- Pero algún momento habrá en el que os comunicuéis... Aunque sea por teléfono...

YERKO- (*De espaldas, sigue enjuagando el paño*). Es que él anda en la obra y no le permiten platicar...

LUISA- (*Impaciente*). Bueno, bueno. Anda, deja eso. Ya estará limpio.

YERKO- (*Se vuelve. Animado*). Entonces voy a pasarle otra vez al suelo del baño...

LUISA- (*Enfadada*). No le pases más. En vez de eso, prefiero que atiendas a mi padre...

YERKO- ¿No quiere que le chaine las ventanas?

LUISA- (*Irritada*). ¿No ves que está lloviendo? ¿Para qué las vas a limpiar?

YERKO- Porque así mañana cuesta menos trabajo...

LUISA- ¡Pero Yerko! La cuestión no es que limpies una y otra vez, sino que quede limpio al final, ¿no lo entiendes? Además, lo que me importa es que te ocupes de mi padre. Para eso te llamé...

VOZ DEL PADRE- (*Desde el pasillo. A gritos*). ¡Tonyyyy!

LUISA- (*También a gritos, al pasillo*). ¡Ahora va Yerko, papá! (*A YERKO*). Ve tú...

YERKO- Voy a enjuagar antes el cubo...

LUISA- (*Exasperada*). ¡Ya lo enjuagarás luego!

(*Sale YERKO*).

LUISA- (*Para sí*). El pobre no quiere ni acercarse a papá. Le tiene miedo. (*Sonriendo*). ¡Y mientras no crea que está endemoniado, como el otro...! (*Seria*). Pero esto tiene que cambiar, porque, si no...

(*Entra YERKO*).

YERKO- Su padre no me quiere ni ver. En cuanto me he asomado, me ha tirado el librito ese que tiene con los sudokus... ¡No me ha dejado ni entrar a recogerlo! Dice que vaya usted.

LUISA- Dirá que vaya Tony...

YERKO- O eso... (*Disculpándose*). Yo no puedo hacer más...

LUISA- (*Fuera de sí*). ¡Ni yo tampoco!

III

(**LUISA** está sentada en el sofá, ante la mesa baja, sobre la que hay un cesto de costura y un montón de calzoncillos y de camisetas. Habla por el móvil).

LUISA- (*Al móvil. Enfadada*). Yo no doy para más, Pedro, lo siento. Estoy atada de pies y manos...

(*Pausa*). ¿Que qué quiero hacer de mi vida? ¿Que qué quiero yo? ¡Ya ni lo sé! Se me ha olvidado lo que yo quería... (*Pausa*). Habría querido irme contigo a Italia... O, simplemente, estar aquí contigo.

Ya ves que me escapo para verte en cuanto tengo un hueco... (*Pausa*). ¡Que no, Pedro! ¿Cómo vas a

ser una obligación más? ¡Qué tonterías dices! (*Resentida*). Eres tú el que nunca vienes a casa,

sabiendo lo difícil que es para mí salir... (*Pausa. Impaciente*). Ya lo hemos hablado muchas veces,

Pedro. Él no quiere irse a una residencia... Prefiere estar aquí, y, mientras tenga dinero para pagar a

alguien que le cuide, yo también lo prefiero... (*Pausa*). Es verdad que hasta este momento las cosas

han salido mal y todo se me carga a mí, pero a partir de ahora, va a ser distinto... Hasta estoy pensando en volverme a casa, aunque venga a diario a echar un vistazo... (*Pausa. Indignada*). ¡Pedro! Pero ¿qué dices? ¡No me puedes chantajear así! ¡No le pienso meter en una residencia sólo porque tú me lo mandes! (*Pausa. Fuera de sí*). ¿Cómo que ni se muere padre...? ¿Te crees muy gracioso con la frasecita? Pues mi padre no se va a morir: está mucho mejor y espero que viva cien años, aunque me los tenga que pasar cuidando de él... ¡Que se muera el tuyo, imbécil! (*Cuelga, y se queda pensativa, con el móvil en la mano y los ojos llenos de lágrimas*).

(*Entra YERKO, muy animado*).

YERKO- ¿Ya ha probado los nacatamales que le hizo mi hermana?

LUISA- (*Se levanta, secándose los ojos*). ¡Vaya alergia más tonta...! Aún no he tenido tiempo. Los probaré a la hora de comer. Ahora tengo que quitar todas las etiquetas de esta ropa, que llevan metal y a mi padre le salen ronchones... (*Enciende la lámpara del techo, se sienta bajo ella, coge una camiseta y se pone a descoser la etiqueta*).

YERKO- (*Satisfecho*). Ya he regado el baño...

LUISA- (*Sorprendida*). ¿Cómo que lo has regado? Será “fregado”. (*Asustada*). ¿O...? ¿O es que lo riegas? ¿Qué es “regar” para ti?

YERKO- En mi país le decimos “regar” a ir echando agua del cubo con una mano, y cuando queda poca, se vuelca el cubo entero... (**LUISA** *le mira, espantada*). Agua limpia, no crea...

LUISA- (*Suelta la camiseta y se levanta*). ¡Pero Yerko! ¡Se va a inundar el piso de abajo...!

YERKO- (*Impertérrito*). En mi país lo hacemos siempre así...

LUISA- Será en el campo. O en una casa baja. Pero en un piso, no... Hasta puede caerse el techo de la humedad... ¿Cuánto tiempo llevas regando?

YERKO- Desde que vine.

LUISA- ¡Madre mía! No sé cómo no han protestado todavía... No lo vuelvas a hacer. (*Se sienta y coge la camiseta*). Le pasas la fregona, pero bien escurrida...

YERKO- Usted sólo me dijo que no le echara agua al parqué. Del baño no me dijo nada... (*Señalando la lámpara del techo*). ¿Quiere que le limpie la lámpara?

LUISA- No, ahora, no. ¿No ves que estoy cosiendo aquí debajo? Me va a caer toda la suciedad encima... Siéntate, si quieres, hasta que se despierte mi padre...

YERKO- (*Sigue de pie*). Esta tarde voy a comprar una funda para el móvil...

LUISA- (*Sin interés, mientras sigue descosiendo*). ¿Ah, sí? ¡Uf, qué difícil está esto!

YERKO- (*Sonriendo*). Es que ayer mi primo me la dañó con las tijeras... Me he acordado al verla a usted cortando eso... ¿Sabe qué hizo? (**LUISA niega con la cabeza**). Las hundió en el cristal con toda su fuerza...

LUISA- (*Levanta la cara, sorprendida*). ¿Y para qué?

YERKO- Para probar si era una funda de las buenas. Es que hay algunas que, aunque les claves un cuchillo, no se rompen... (*Entusiasmado en su relato*). Ni aunque les des con un martillo... ¡Imagínese! Les das un martillazo y al principio se queda el golpe ahí, como hundido, ¿me entiende? Como si le das un puñetazo muy fuerte a la masa de los nacatamales... Pero después, poco a poco, el cristal va volviendo a su sitio y se alisa otra vez, como al principio... Es que es un cristal que está hecho de capas, pero de capas como de goma, y no se dañan... Sólo se descolocan, y luego vuelven a coger la forma de antes... Y yo voy a ponerle uno de éstos... Es tres veces más caro, pero...

LUISA- (*Con sorna*). Haces muy bien. Así, cuando tu primo le clave las tijeras, no se te romperá...

YERKO- Y no sólo eso. Si por ejemplo tengo un accidente con la moto, imagínese, un choque mortal, por muchos golpes que reciba, el móvil sigue sin dañarse...

LUISA- Sí, pero a ti ¿qué más te da, si ya te has muerto? (*Alza los ojos de su tarea*). Oye, hablando de otra cosa, ¿le mandó tu hermano la documentación a la abogada?

YERKO- (*Desviando la mirada*). Se la mandó la semana pasada. (*Va hacia la puerta*). Voy a asear el baño...

LUISA- ¡Espera! Qué raro, porque debería haberme llamado al recibirla...

YERKO- (*Turbado*). No tiene su teléfono... (*Va a salir*).

LUISA- (*Extrañada*). ¿Cómo que no lo tiene? ¡Pero si se lo di! ¿Lo habrá perdido? ¡No te vayas, Yerko! Y a vosotros, ¿os ha llamado?

YERKO- (*Se detiene, resignado*). Sí. Dice que no, que, aunque mi hermano esté asilado, yo no puedo sacarme los papeles...

LUISA- ¡Si a mí me aseguró que sí...! (*Suspirando*). A lo mejor no la habéis entendido bien... (**YERKO** *se encoge de hombros*). En cuanto acabe esto, voy a hablar con ella...

YERKO- (*La mira, dudoso. Luego se arranca*). Pero... ¿a qué abogada va a llamar usted?

LUISA- ¿A cuál va a ser? A la que le consulté tu caso. A Patricia. ¿Por qué?

YERKO- Porque yo le hablo de la otra.

LUISA- (*Extrañada*). ¿De otra abogada?

YERKO- (*Asiente*). Una que conoce mi hermano. A la que le llevamos su documentación... Y nos dijo que no se puede hacer nada...

LUISA- (*Deja la labor y se levanta. Irritada*). ¿Le habéis llevado la documentación a otra abogada? ¿Por qué no se la mandasteis a Patricia, como habíamos quedado? ¡Todavía la estará esperando! (**YERKO** *se encoge de hombros*).

LUISA- (*Intentando contenerse*). Vamos a ver, Yerko: Patricia está especializada en esto y asegura que tu caso sí tiene solución, y encima, la voy a pagar yo... No entiendo por qué os vais a otra, que os dice que no hay nada que hacer, y para colmo, vais a pagarla vosotros... ¿Me lo puedes explicar?

YERKO- (*Disculpándose*). Es que... mi hermano piensa que es mejor esperar hasta que mi cuñada cumpla aquí los tres años y le den a ella los papeles. Sólo faltan cuatro meses, porque ella se vino antes que él...

LUISA- (*Exasperada*). ¿Y por qué hay que esperar a eso? ¡A ti te interesa ser legal cuanto antes y tener un contrato...! Y esta abogada puede hacerlo... No entiendo...

VOZ DEL PADRE- ¡Tooonyyy!

YERKO- (*Aliviado*). ¡Ya se ha despertado! Voy a ver qué quiere...

(*Sale YERKO, disparado*).

IV

(**YERKO** frota afanosamente un cuadro con un estropajo, mientras habla por el móvil).

YERKO- Aún no se lo he dicho, primo... A ver si hoy le ando...

(Entra **LUISA**, poniéndose el abrigo).

YERKO- (En voz imperceptible, al móvil). Adiós.

LUISA- (Se abrocha, sin mirar a **YERKO**). Ya le he vestido y ha desayunado. Voy a la compra...

Échale un ojo, ¿quieres? (Mira a **YERKO** y el cuadro, boquiabierto. A gritos). ¿Qué haces?

YERKO- (Cortado). Lo estoy limpiando... Es que ya he acabado con las puertas...

LUISA- (Sin podersele creer). ¡Madre mía! ¡Me lo has destrozado!

YERKO- Sólo tiene un poquito de jabón. Ahora, cuando lo enjuague, quedará mejor...

LUISA- (Horrorizada). ¡No se puede mojar! ¡Es una acuarela!

YERKO- Es que estaba polvoso, y como ya había acabado con las puertas...

LUISA- ¡Qué horror, qué best...! (Se interrumpe). ¡Te lo has cargado!

YERKO- (Enjuaga el estropajo en el cubo y lo alza frente al cuadro). Ya verá cómo no...

LUISA- (Le agarra por los hombros, histérica). ¡Déjalo! (Se lleva las manos a la cabeza). ¡Era una obra de arte! ¡Una maravilla...!

YERKO- Pues la han engañado, porque no estaba muy bien pintada. Fíjese: todo se ha quedado aquí... (Le muestra el estropajo). El rojo, el blanco, el verde...

LUISA- (A punto de llorar). ¡Es que una acuarela es una pintura que se va con el agua!

YERKO- (Afligido). No sabía que se iba a emborronar. Creía que los cuadros duraban para siempre. Pero no se preocupe, que yo le compro otro. Aquí mismo, en los chinos, los venden. Y más bonitos...

LUISA- (Se seca una lágrima). Éste era una obra de arte, un cuadro único. Valía más que..., yo qué sé, que la joya más cara del mundo... Me lo había pintado un amigo al que ya nunca volveré a ver...

YERKO- (*Compungido*). ¡Vaya! ¡Entonces sí que la he armado buena...! Perdóneme...

LUISA- (*Le mira, asombrada*). Pero ¿vas a llorar?

YERKO- (*Se restriega los ojos*). Es que, de verla a usted...

LUISA- (*Apurada*). ¡No, por favor! No merece la pena... La verdad es que había pensado quitar ese cuadro, pero me decidía. Ahora ya no hay más remedio... Mejor. Es como un símbolo...

YERKO- (*Sin comprender*). Ah. Y su amigo, ¿no puede hacerle otro que aguante más...?

LUISA- No era mi amigo. Era mi novio y hemos terminado. Por eso me he puesto tan triste; no sólo por el cuadro... Como estoy ocupada todo el día con mi padre, y a él casi no le veo, se ha cansado...

YERKO- Es que no tiene por qué andar con su padre. Yo me quedo con él, y no me importa que me putee. A mí no me hace clavo. Que rabie lo que rabie, que conmigo no le va a pasar nada...

LUISA- (*Sonríe*). ¡Como que nunca estás con él! (*Suspira*). En fin, voy a la compra... (*Sale*).

YERKO- (*Saca un móvil y marca. En voz baja*). Primo, hoy no puedo decírselo. A lo mejor mañana...

V

(**LUISA** revuelve la comida en una cacerola puesta al fuego. Entra **YERKO** con la fregona).

LUISA- (*Exasperada*). Yerko, ¿por qué no esperas a que termine de hacer esto?

YERKO- Como quiera... (*Deja la fregona apoyada en la pared. LUISA le mira, sorprendida*).

Tengo que decirle algo... Quiere venir a verla mi familia. Mi hermano y mi cuñada y mi sobrina...

LUISA- (*Irritada*). ¡Pero si ya estuvieron la semana pasada...! (*Corrigiéndose*). Quiero decir que yo estoy encantada de que vengan, pero para ellos es mucha molestia. Como vivís tan lejos... Además, me da miedo de que mi padre pille esta enfermedad tan contagiosa que hay ahora, y, cuanta menos gente venga a verle, menos peligro hay...

YERKO- Pero ellos están bien, y es que... (*Baja la cabeza*). Quieren venir a despedirse...

LUISA- ¿Se van de aquí? ¿Han encontrado trabajo en otro sitio?

YERKO- No; ellos no se van...

LUISA- ¿Y entonces...?

YERKO- (*Baja aún más la cabeza*). Me voy yo con mi primo...

LUISA- (*Deja de revolver la cacerola*). ¿Que te vas tú? ¿Adónde?

YERKO- A Palencia. O no sé si a Valencia. A uno de los dos sitios... A llevar un camión...

LUISA- ¿Y cuándo vuelves?

YERKO- (*En un susurro*). Es que no vuelvo ya... Me voy a trabajar con mi primo...

LUISA- (*Suelta la cuchara. Perpleja*). ¿Cómo que te vas? ¿Es que no estás contento con nosotros?

YERKO- (*Con fervor*). ¡Claro que sí! La quiero mucho a usted y ésa es la pura lija.. Hasta a su padre le he cogido cariño... Pero mi primo va a llevar un camión de transporte y necesita un ayudante... Y no se fía de nadie, y, si no ando yo con él, tiene que andar con un desconocido...

LUISA- Pues que tu primo se busque la vida, como te la has buscado tú... ¿No te parece?

YERKO- (*Acosado*). Para nosotros, la familia es lo primero... No puedo dejarle cuche: tengo que hacerle el cambalache... Y él anda enjaranado, y ahora de chiripón le ha salido esta chamba...

LUISA- Vale, vale, no te embales, que no te entiendo nada... ¿Lo haces por ayudar a tu primo o es que vas a ganar más? Porque quizá yo podría pagarte...

YERKO- (*La interrumpe*). No, no. Para sacar lo que le saco a usted, tendré que echarle muchas horas...

LUISA- Entonces no lo entiendo... Además, si ninguno de los dos tenéis papeles, os van a explotar... (*Recelosa*). Oye... ¿no te irás porque yo quiero hacerte el contrato...? Como te he insistido tanto...

YERKO- También por eso, sí...

LUISA- ¡Pero Yerko! ¡Si el contrato es un bien para ti! Ya te dije que yo te iba a pagar lo mismo...

YERKO- Sí, pero... Prefiero no meterme en líos... Yo sé que anda usted con buena intención, pero compéndalo... Póngase en mi lugar...

LUISA- (*Va a protestar, pero se arrepiente y se conforma con exhalar un gran suspiro*). Entonces

¿ya tienes completamente decidido que te vas?

YERKO- (*Asiente*). El lunes ya no vengo... (**LUISA** *da un respingo*). Pero no se preocupe, que le he buscado a otro chico...

LUISA- (*Sorprendida*). ¿Ah, sí?

YERKO- ¡Claro! ¿Cómo iba a plantarla de repente y sin nadie? Y éste tiene experiencia en cuidar a personas mayores. Ya se lo he dicho y se ha puesto muy contento, porque él también andaba hule...

LUISA- ¿Tú le conoces? ¿Es buena persona?

YERKO- ¡Es macanudo! Lo va a hacer todo mejor que yo, ya verá... Se llama Charly y es amigo de mi hermano... Aunque él no es catreño. (**LUISA** *le mira, extrañada*). Que no es de Honduras.

LUISA- ¿Y podrá quedarse también por la noche?

YERKO- ¡Claro! Ya le expliqué que usted se iba a marchar a su casa y que tendría que vivir aquí... Eso es justo lo que quería: entrar de interno porque, desde que se quedó sin trabajo, anda con mi hermano y mi cuñada, los tres en la misma habitación... Y la habitación es muy chica y Charly es un bojote...

LUISA- ¿Qué es un bojote? Bueno, da igual... (*Pesarosa*). Lo que pasa es que no me puedo ir a mi casa y dejar a mi padre con él, así, sin conocerle... Aparte de que a lo mejor nos prohíben salir a la calle, como en China, y no sé si podría venir a verle...

YERKO- ¡Anda! Y eso ¿por qué?

LUISA- Por la epidemia...

YERKO- ¡Lo de la epidemia es una mentira! ¡En las noticias de Honduras no hablan de eso!

LUISA- Porque allí no ha llegado... Aunque tienes razón: seguro que exageran. Pero, por si las moscas, será mejor que no me vaya de momento... (*Persuasiva*). Si estuvieras tú, sería distinto, porque tú me das mucha confianza...

YERKO- (*La mira con recelo y se agarra a la fregona*). Voy a...

LUISA- ¡No! ¡No te vayas ahora! Espera a que acabemos de hablar... ¿A ese chico le has dicho ya que tendría un cuarto para él solo?

YERKO- (*Aferrado a la fregona*). ¡Claro!

LUISA- Entonces no me va a quedar más remedio que cederle el mío y dormir yo en el sofá... Por lo menos, hasta que acabe esto... Y ¿cuándo puede venir a hablar conmigo?

YERKO- No hace falta que venga. El mismo lunes, a la hora que entro yo, estará él aquí...

LUISA- Es que antes querría verle... No le puedo meter en casa así, sin más...

YERKO- Se lo diré, aunque no sé si podrá... Voy a asear el baño...

(*Sale con la fregona al pasillo*).

LUISA- (*Hacia el pasillo*). Pero, si ahora ese Charly no trabaja, tendrá tiempo de acercarse...

(*Apurada, gritando*). ¡El baño, no lo limpies, que tengo que entrar yo! (*Sale*).

VOZ DE LUISA- (*Desde el pasillo. Contrariada*). ¡Vaya! ¿Ya está mojado el suelo...?

ACTO IV

I

(Estancia vacía. Empieza a amanecer. Una cafetera hierve en la cocina.

Entra LUISA en bata y con el móvil en la mano, apaga la cocina, coge una taza del armario y se sirve un café. Se sienta en el sofá con él).

LUISA- ¡A ver qué tal se da hoy el día! *(Bebe un sorbo, y deja la taza en la mesa).* ¡Uf, cómo quema esto! *(Teclea en el móvil y se lo pone al oído).* Hola, Marta, soy yo. ¿No te habré despertado? Es que anoche no pude hablar contigo porque estaba atendiendo a papá y acabé muy tarde... Pero vi tu mensaje, y te llamo ahora, que es el único ratito de paz que tengo al día... A las diez viene el nuevo. Fíjate: aún no le conozco y se va a quedar interno. *(Pausa).* Sí, yo me quedo también... Es un poco arriesgado, pero ¿qué le voy a hacer? Yo sola no puedo mover a mi padre, y no se va a pasar el día en la cama... Bueno, dime: ¿qué es eso que tenías que contarme? *(Va a beber un sorbo de café, y se aparta la taza de los labios. Sorprendida).* ¿Te vas de vacaciones esta misma tarde? ¿Con la que está cayendo, Marta? *(Pausa).* Ah, que aprovechas antes de que prohíban volar... Pero a lo mejor no te dejan volver... Bueno, mejor para ti... ¡Qué suerte! ¡Quién pudiera...! Aunque en Noruega todavía hará frío a estas alturas... *(Pausa. Extrañada).* ¿A Italia? ¿Precisamente a Italia...? *(Pausa).* No, no, mujer, ¿cómo me va a parecer mal? De todos modos, yo no iba a ir, y menos ahora, tal como están las cosas por allí... Lo que me extraña es que hayas cambiado Noruega por Italia, siendo tan diferentes... ¿Y te marchas tú sola o con tu hermano? *(Pausa).* ¿Cómo que ahí está el “quid”? ¿Qué “quid”? *(Lentamente, asimilando el golpe).* Ah, que te vas con Pedro... ¡Vaya! Eso sí que no me lo podía imaginar... *(Pausa. Traga saliva).* Claro, claro, lo entiendo. Él estaba deseándolo y, al fin y al cabo, yo ya había terminado con él. *(Muy enfadada).* ¡Y contigo también, desde ahora mismo! *(Cuelga y arroja el móvil al sofá. Se levanta y da vueltas por la habitación, intentando calmarse).*

¡Ojalá se te rompa toda la dentadura nueva! ¡Qué zorra! Y ¡qué cabrón! ¡Qué hijos de puta, qué traidores...!

II

(Ya es de día. La cafetera sigue en la cocina y la taza en la mesa.

Entra LUISA, en bata y con cara de haber llorado).

VOZ DEL PADRE- *(Desde el pasillo). ¡Tooony!*

LUISA- *(Para sí). ¡Por culpa de esos canallas, no le he hecho todavía el desayuno...! (Mira alrededor, despistada). ¡Ah, sí, la leche! (Abre la nevera, saca la leche y se pasa la mano por la frente). ¡Si es que estoy que no estoy, como me decía el tal Tony...! (Echa leche en un cazo).*

VOZ DEL PADRE- *(Desde el pasillo). ¡Tooony!*

LUISA- *(Gritando hacia el pasillo). ¡Que esperes un minuto, papá...! (Pone el cazo en el fuego). (Suena el telefonillo).*

LUISA- *(Para sí). ¡Debe de ser el nuevo, menos mal! (Descuelga el telefonillo). ¿Quién es? ¡Ah, Charly! ¡Suba usted! Mire, le abro también la puerta de arriba, que tengo puesta una cosa en el fuego y no puedo dejarla... No tiene más que entrar... (Cuelga el telefonillo y sale corriendo).*

VOZ DEL PADRE- *(Desde el pasillo). ¡Tooonyy!*

VOZ DE LUISA- *(También desde el pasillo). ¡Un segundo, papá, que estoy esperando a un señor y voy abrirle...!*

(Entra a toda prisa y apaga el fuego).

LUISA- *(Para sí). ¡Uf, casi se me sale...! (Saca un paquete de galletas del armario, coge una y la desmiga en el cazo. Murmurando). A ver si, por lo menos, este hombre funciona... (Escucha). Ya ha debido de llegar... (A gritos, al pasillo). ¡Pase usted, Charly! ¡Es al fondo del pasillo! (Coge otra galleta y va a desmigarla).*

(**TONY** asoma por la puerta, con dos maletas y varias bolsas. **LUISA** se vuelve y se queda petrificada al verle).

TONY- (*Deja todo en el suelo. En tono festivo*). ¡Hola, familia! ¡Ya estoy aquí otra vez! ¡Y ahora para quedarme para siempre!

LUISA- Pero, pero...

TONY- ¿A que no esperabas verme? Yo a ti tampoco, la verdad. Y, sobre todo, perdona que te lo diga, no esperaba verte tan mal... Estás peor que cuando yo me fui, que ya es decir... ¿Has llorado?

LUISA- Pero tú... ¿Y...? ¿Y Charly?

TONY- Yo soy Charly. Es que Carlos no me gusta... Suena tan... Tan serio, no sé si me entiendes... Igual que Antonio... Por eso Tony.

LUISA- O sea que tú... Tú eres...

TONY- (*Sonriendo*). ¡Huy, qué nerviosa te has puesto! ¿Ya empezamos? Pues cálmate, que la vida hay que tomársela con tranquilidad... Yo soy los dos. En mi carné figura “Carlos Antonio”. (*Burlón*). ¿No te acuerdas de cuando me hiciste el primer contrato? ¡Es que no estás en lo que estás! ¡Que se te va la olla, Luisa!

LUISA- Pero yo había quedado... Yerko me dijo...

TONY- ¡Ese Yerko es un pánfilo! ¡No se entera de nada! Cuéntame: ¿qué tal se encuentra mi niño? ¿Sabe ya que me vengo a vivir con vosotros? (*Desparramándose en el sofá, mientras **LUISA** le mira, alelada*). ¡Cómo he echado de menos este sofá...! Fíjate que es una mierda de mueble, que se le sale el relleno de los almohadones, que está sucio hasta decir basta, pero si uno le sabe coger el punto... Oye, ¿y cómo te va con Pedro? Aunque, antes de que me lo cuentes... ¿no tendrás una taza de café? ¡Vengo muerto de cansancio! Este tiempo que he estado sin trabajo casi no me he movido y he ganado algún kilo... No tengo fuerza ni para llevar las maletas a tu cuarto... Quiero decir: al mío... A ver si me ayudas tú luego... Por cierto, ¿has sacado ya tus cosas de allí?

VOZ DEL PADRE- ¡Tooonnny!

TONY- (*Contento*). ¡Mira! ¡Todavía se acuerda de mí! (*Gritando, hacia el pasillo*). ¡Ya voy, mi niño!
¡Ya va tu Tony! (*A LUISA*). Anda, ponme el café y atiéndele tú, que yo tengo que entrar en el baño...
(*Hace un esfuerzo por incorporarse*). Si es que consigo levantarme, claro...

TELÓN